AÑO XXXI — Nº 1535 -

EL DIA

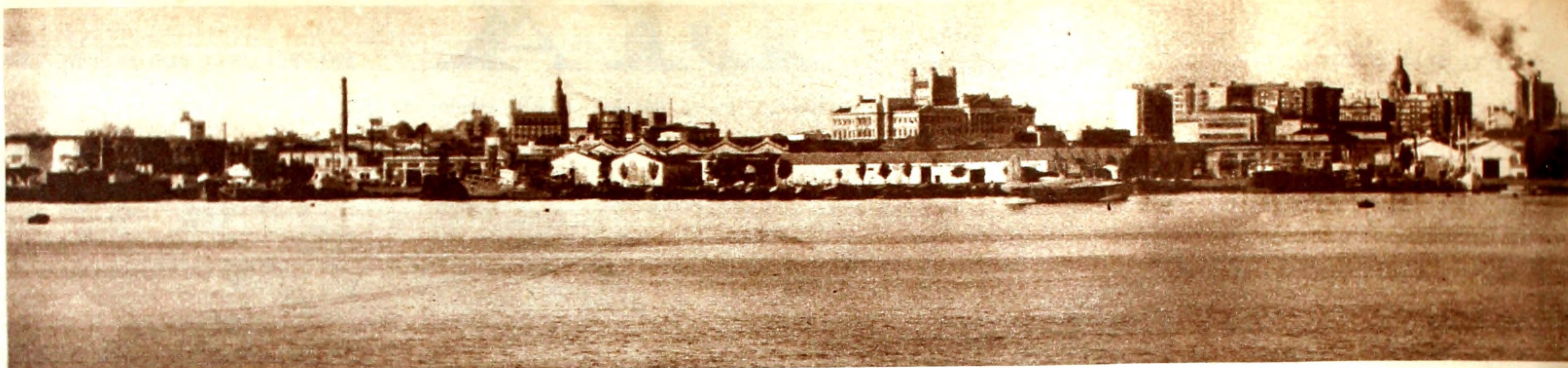
- MONTEVIDEO, JUNIO 17 DE 1962

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



ANIVERSARIO ITALIANO
(Fotografía Juan Caruso)

Con motivo de celebrarse el día 3 de este mes, el 16º aniversario de la República Italiana, se realizó en la Escuela de 2º Grado Nº 22, una ceremonia alusiva por los escolares.



La figura del Palacio se distingue desde el puerto con toda la sugestión de su blanca equilibrada mole. Por su singularidad, por su belleza y por su simbolismo esta vista debe ser protegida ante su posible desaparición. (Fotografía de Caruso).

DE LOS ALREDEDORES DEL PALACIO LEGISLATIVO Y DE LA BAHIA DE MONTEVIDEO

EN anterior artículo nos hemos entretenido sobre la historia de los alrededores del Palacio Legislativo y vimos cómo el proyecto inicial ideado por las primeras Comisiones del Palacio lo modificara profundamente Moretti cuyo estudio fue la base para posteriores variaciones y cómo hemos alcanzado el día de hoy sin que ninguno de aquellos proyectos llegara a obtener la aprobación de las autoridades competentes para su ejecución.

Mas el tiempo no ha corrido en vano; el proyecto de Moretti y los subsiguientes que en él se apoyaban, no son realizables en el presente. No lo son porque fundamentalmente ellos escapan a nuestra sensibilidad, a nuestras necesidades, a los problemas que el quehacer de hoy nos va presentando. Y es así que como feliz y lógica consecuencia de todas estas circunstancias, dos proyectos coincidentes —venidos de dos fuentes distintas— traducen un anhelo colectivo y es sin duda la solución ideal a darse a los alrededores del Palacio: la creación en torno a él de un parque o zona verde sin las rígidas arquitecturas que, en los primeros proyectos, lo enmarcaban.

Un proyecto es del Arq. Juan J. Casal Rocco (Comisión Administrativa del Poder Legislativo), el otro del Arq. Alfredo Solari (Concejo Departamental de Montevideo) y los dos, como en toda época de la historia, son la expresión concreta de un sentimiento colectivo; de aquel sentimiento que necesita encontrar el espíritu sensible que traduzca en palabra coherente aquello que en forma imprecisa sueña y desea la "civitas". Y bienvenido sea este proyecto de Casal Rocco y de Solari que va a dar a nuestra ciudad una extensa área de verde del cual tanto necesita.

Alguna vez, con hiriente sentido, se ha atribuido a algún legislador de quién sabe qué parlamento aquel dicho: *"Si el campo es salud, construyamos las ciudades en el campo"*. A esta aparente utopía se arriman los urbanistas de hoy marcando que cuando no es posible hacer lo primero es en cambio posible *"traer el campo a la ciudad"*.

Crear esa zona de verde en torno al Palacio Legislativo es, amén de darle el más esplendoroso marco al edificio, dotar a la ciudad de un espacio libre que tendrá, por su ubicación, la trascendental ventaja de su utilización por una gran masa de la población de la capital, ya que el problema no queda resuelto si los espacios libres existentes, por su excentricidad, no contribuyen eficazmente a la higiene de la ciudad.

Sobre tan importante y capital problema Le Courbusier hace, en su libro *"La charte d'Atenes"*, las siguientes consideraciones:

"Al urbanismo le toca dar aquellas reglas "necesarias que aseguren a los ciudadanos "las condiciones de vida que salvaguarden "no sólo su salud física sino también su "salud moral y la alegría de vivir que de "ello se deriva. Las horas de trabajo, gene"ralmente agotadoras —física o síquica"mente— deben estar diariamente segui"das por un número suficiente de horas li"bres. Estas horas libres que el maquinismo "va acreciendo infaliblemente, estarán con"sagradas a un reconfortante descanso en "medio de la naturaleza. El mantenimiento "o la creación de zonas libres es pues ne"cesario y constituye para el hombre un "asunto de salud pública. Es pues un tema "que forma parte integrante del urbanismo "y al cual los ediles tendrían que volcar "toda su atención."

El proyecto de crear una zona verde en torno al Palacio (proyecto ya aprobado por la Comisión Administrativa del Poder Legislativo) tiene, entre muchas, la ventaja de su fácil ampliación ya que es factible extender la zona libre hacia cualquiera de los cuatro puntos cardinales siendo en realidad el factor económico que se desprendería de las expropiaciones, el obstáculo más grande a vencer. Pero hay un punto, sobre todo, hacia donde naturalmente habría que llevar la extensión de esta zona verde proyectada; este punto es la costa de la bahía más cercana al Palacio; la distancia no es grande y las expropiaciones se harían sobre terrenos de débil densidad edificada y demográfica. Esto, además de la ventaja que aparejaría la creación de un parque que utilizaría paisajísticamente las hermosas posibilidades de los desniveles que existen desde el Palacio hasta la bahía, tendría la gran importancia de conservar para siempre una de las características del paisaje urbano de Montevideo.

La extensión del parque hasta las orillas del agua permitiría que el Palacio con su característica linterna continuase viéndose desde la bahía y desde el mismo puerto la gran puerta que el país tiene abierta para todas las rutas del mar. Y Montevideo salvará así un bello símbolo que la caracteriza como la hacen el Arco de Triunfo y la Torre Eifel a París, el Coliseo a Roma, el Partenón a Atenas, Santa Sofía a Constantinopla, la mole Antonelliana a Turín, la puerta de Brandeburgo a Berlín, la torre de la Casa Consistorial a Bruselas.

Y días vendrán en que será un gozo subir la escalinata del Palacio para contemplar desde allí las puestas del sol sobre el parque, las encendidas aguas de la bahía y nuestro Cerro.



El parque a crearse en torno al Palacio sería el deseable, bellísimo, saludable nexo que lo uniría naturalmente a la ciudad creando interesantes perspectivas tanto hacia el edificio como desde el mismo Parlamento. (Fotografía de Caruso).

Luis BAUSERO

(Especial para EL DIA)



Desde el Palacio se descubre el brillante espejo que forma el agua de la bahía y la silueta vigilante de nuestro Cerro. La prolongación de la zona verde que rodearía el edificio del Parlamento hasta la misma orilla del agua, crearía un interesante conjunto urbano y salvaría para siempre desde muchos e importantes ángulos, la vista del Palacio Legislativo consagrada ya —sobre todo por su linterna— como uno, sino el que más, de los característicos perfiles de Montevideo. (Fotografía de Caruso).



Río Olimar, en Treinta y Tres. Puente ferrocarrilero, y el de madera por el que transita una tropa.

RIOS

UN río nos da nombre y, con tal fuerza popular, que hasta los papeles oficiales nos han permitido ser "uruguayos" después de larga puja con lo de "orientales"... El río Uruguay nos flanquea y protege, nos entrega limpios y salvos al estuario y al océano, a la aventura y, si se quiere, a una sed de proas atlánticas.

No hay uruguayo que no ame a un río como signo de su existencia, como recuerdo de su niñez, como nostalgia adolescente. El Cuareim y el Santa Lucía, el Cebollatí y el Negro, el San José y el Olimar nos cruzan con sus largas redes fluviales, sus montes secretos y sus "pasos" de transitoria bonanza. Los montevideanos, a todo trance, queremos tener un río y nos lo hemos adjudicado contra las definiciones geográficas; el río de la Plata, aprovechando esta celosa debilidad, traza su línea de técnica confusa...

Qué jerarquía ha tenido siempre el río en la vida del hombre, sabios, poetas y filósofos lo han dicho exhaustivamente. Si unos lo señalan como causa de acentos biológicos, influencias benéficas y maléficas, lo lírico y lo metafísico no le van en zaga.

Si la conciencia del hombre ha tomado hasta en el aula la figuración fluvial, si el devenir es como la corriente incesante de las aguas, el poeta lejano de nuestra lengua castellana nos trazó este destino:

"Nuestras vidas son los ríos / que van a dar en la mar, / que es el morir, / allí van los señoríos / derechos a se acabar / y consumir, / allí los ríos caudales / allí los otros medianos / y más chicos / allegados, son iguales / los que viven por sus manos / y los ricos". (Manrique, "Coplas a la muerte de su padre", 3ª).

Pero para el hombre común, el río es algo de menor símbolo y grandeza y, por ello, más entrañable. Sabio, poeta, filósofo, el hombre común puede serlo en algún instante de su vida, en un jirón de sus vueltas y revueltas existenciales. En su trajín diario es algo más sencillo, más opaco y, acaso, más llano de corazón y sensibilidad. Está más cerca de la copla vieja, cantada en la intimidad con el simple rasgueo de la guitarra:

"Junto a la verde orilla del Tacuarí / crece gentil y ufana flor de bibí".

El hombre ama al río porque tiene orilla. La tierra firme es su seguridad, su atalaya, su puerto. El río es la hazaña de un azar, la pesca doméstica, el viaje por rumbos de medida incertidumbre. Pero en estos cursos libres y orillas vigilantes, en esta pareja antagónica y complementaria, el hombre común puede palpar todo el juego de su escenario. Se hace un conocedor de dimensiones secretas: color de las aguas, espumas navegantes, remolinos y honduras traicioneros o favorecedores.

El que busca al mar menosprecia al río, sin sospechar cuál es la verdad del hombre que se entrega a cursos marginados, de apariencia domada y a distancias que, a pesar de saltos y meandros, tienen un cercano arribo.

El río exige astucia casi selvática. El peligro puede estar anunciado por el vaivén de una rama de penduleo romántico o en el chasquido rítmico de las pequeñas olas en la comba de un bote. Avisa el monte y el silencio de los pájaros, ese silencio que es no-canto, como si el vacío sonoro succionara hacia la tierra.

El río es el aprendizaje de la zambullida certera como un dardo, de la inmovilidad equilibrada; de callar a tiempo y de escuchar sin pausas. A veces nos decía el viejo botero, dejando que la pequeña embarcación se durmiera en el cauce aquietado: "Parece que la tierra ya no se moviera ni respirara". El cuadro de las orillas se hacía fijo como en un antiguo cuento. El aire tendía su mansedumbre de colores crepusculares y el abanico casi tangible de sus aromas. De pronto, algún pez arqueaba la sorpresa de su plata y oro veloces, brillaba en sobresalto. El remo pendía inerte pero listo a su tarea de ingrávida pujanza.

Inmensos para nuestra medida, allí estaban el ocio y la posibilidad andariega, la llegada y la búsqueda. Inmenso pero palpable, el río era la vívida recreación de nuestros libros infantiles y aquellos mapas invernales de colores decididos. Y, sin embargo, podía decirse: Aquí empieza, aquí termina. Era la querida paradoja humana: la inmensidad con límite.

Porque aquí estaban los talas y los sauces, los pitangueros y los mataojos y los crespos matorrales. Los pájaros y los peces, las balsas y los gritos que rebotan su eco de costa a costa; las barcas de menuda y blanda estela. Aquí estaban los humos de un fogón escondido en la sombreada frescura y la risa y la música de fiestas familiares; el deslumbramiento de un recodo, el tirabuzón relampagueante de un remolino, los destellos del lucero rompiendo los velos celestes de la luz diurna.

Nuestro río es un camino sin dueño y sin prisas que se entrega, mansa o bravíamente, pero siempre a gentes con nombre. No es vía de anónimas muchedumbres. Es el universo que transita el viejo Alonso, que otean los hermanos Paredes. Por donde reina el bote puntero de los Morales y donde pescan los taciturnos Agüero. Por allí pasa, en horas claves, el contrabando de caña y tabaco, reconociendo su "picada" de resguardo cómplice.

Es que el río, desde las más lejanas tradiciones humanas ha sido de acento viril. Homero da al Janto "de profundos remolinos" la transfiguración de un hombre irritado que increpa al mismo Aquiles por sus acciones nefandas. Es protector de ninfas para Garcilaso: "Con tanta mansedumbre el cristalino / Tajo en aquella parte caminaba, / que pudieran los ojos el camino / determinar apenas que llevaba". O profético, desde su pecho potente, deja escapar la profecía de la invasión mora ante el rey Rodrigo, según el célebre poema de Fray Luis.

En la romana Plaza Navona cuatro hombres simbolizan la alegoría del Ganges, Nilo, Danubio y Plata, habiéndose dado a éste el rostro más joven.

Pero también nuestro pasado parece estar creándose con ellos. Dice Zorrilla de San Martín: "El Uruguay y el Plata / vivían su salvaje primavera; / la sonrisa de Dios, de que nacieron, / aun palpita en las aguas y en las selvas."

Y la nostalgia de cualquier niño campesino podría despertar así en nuestros hombres ya maduros: "Olimar, mi padre Río, / de los anchos mataojos, / donde las aguas amigas, / al volver, me reconocen". (P. L. Ipuche).

Espejismos del Tiempo, creyéndolos ver pasar somos nosotros quienes partimos...

Rolina IPUCHE RIVA

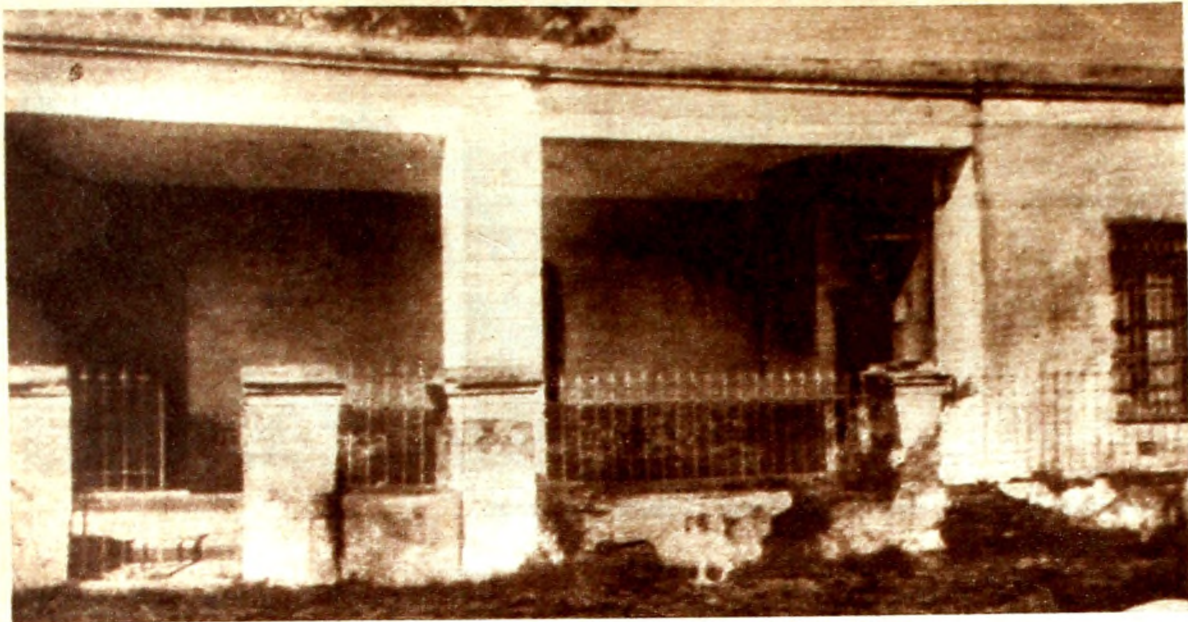
Junio, 1962

(Especial para EL DIA)





Río Yí, por aquí estaban los crespos matorrales, los pájaros y los peces, las barcas de menuda y blanda estela.



La quinta de Oliver, en Instrucciones a veinte kilómetros de Montevideo. La reja de la derecha señala el lugar donde el juez Oliver asignaba como juzgado de la 6ª sección.



Una reunión íntima en el patio de la quinta. Don Paulino Berro es el sexto empezando de la izquierda.

UN FALLO JUSTO EN TOLEDO

EN 1837 era Juez de Paz de la 6ª Sección de Montevideo don Juan Pedro Oliver, que murió casi centenario en 1894. Lo sabemos porque ese año recibe expedientes de Francisco Araúcho y de Juan Illa y Viamont, Jefe Político de Montevideo.

En 1839 se nombra en su lugar a don Simón Aguiar, que recibe la nómina "de los profesores de los distintos ramos de curar", residentes en el departamento de Montevideo.

Doctores en medicina y cirugía: cuatro; doctores en medicina: dieciséis; profesores de cirugía: uno.

En el tercero: don Francisco De Andrade Taborda.

Destacamos entre los primeros los nombres de Teodoro M. Vilardebó y José Pedro de Oliveira. El ultimamente nombrado fue quien mandó a Santa Lucía a Carolina Oribe, hija natural del General don Manuel Oribe y de la artista rioplatense María Ladrón de Guevara, que casó con Luis Lerena y murió en 1840.

Entre los segundos fueron famosos Fermín Ferreira, destinado a ser testigo de la autopsia de Lavalleja; Dominigo Arnauld que hizo toda la campaña del Paraguay; Francisco García de Salazar y Morales, apóstol de la Restauración, que murió en Bahía en 1855, y con una de cuyas nietas casó el doctor José Scoseria; Pedro Capdehourat, gran médico del Cardal y del Cerrito, fallecido en 1880, y a quien el Presidente Santos, queriendo honrarlo, hizo enterrar con honores rendidos por el 5º de Cazadores...

En cuanto a Francisco de Andrade Taborda fue el primer cirujano que tuvo en 1862 el Hospital Pasteur, cuando era Asilo de Mendigos. Pero sobre todo, fue bisabuelo de Yamandú Rodríguez.

El doctor Angel Medina, Juez del Crimen, solicitó del Juez de la 6ª del Manga, la prisión de tres hombres que "asesinaron a un individuo y le separaron la cabeza del cuerpo".

Los tres eran españoles y tenían una exacta filiación.

El primero tenía una cicatriz de sable "desde el perfil del ojo izquierdo, por el carrillo, hasta frente de la boca". A ese seguro dato de filiación, se agregaba éste: "Usaba zapatos y medias; los botines estaban abiertos por un lado cuando hacía mal tiempo".

El segundo "era muy colorado de pescuezo".

El tercero era un carretero a quien llamaban "el montañez" "y tenía ojos pardos y humildes".

A pesar de las señas particulares tan rigurosamente exactas, no fue hallado uno solo de los malhechores. Ni siquiera el de la cicatriz en el rostro...

En noviembre 11 de 1851 se recibe un decreto firmado por Joaquín Suárez-Herrera sacado la gorra que Vd. rifaba. Según me dice uno de los hijos del Sr. Arbelo que hel ha tirado el dado por Enriqueta y ha echo el punto de 46 y V. a entregado al que hizo 44 puntos, pues me hes bastante extraño que V. hiciese semejante cosa, y vista desto hespero que con la mayor brevedad, V. me justifique que no es cierto que my niña hes que ha sacado el premio, es cuanto tengo que decir a V. a este respeto. su affma. Ramona Guerra de Clavijo.

Adjunta a esta carta viene la lista auténtica del encabezamiento: "Rifa de una gorra de Sra. en una honza, a doce vintenes el número y se tira a los dados".

El número 58 correspondía a "Anriqueta Clavijo".

Presentada esta carta al Juez de Paz de la 6ª, don Paulino Berro, empezóse las actuaciones.

En la costa del Manga, a los nueve días del mes de junio de 1851, por ante mi el juez de paz de la 6ª del departamento de Montevideo, compareció don Socorro Franco, mozo de la pulpería de don Joaquín Quiles, citado a pedimento de don Carlos Calero, para que declarase lo que supiere relacionado a la rifa que tuvo lugar en dicha pulpería, de una gorra de señora, y en consecuencia yo, el juez de paz, previo juramento que le tomé con las formalidades de práctica. pasé a hacer el siguiente interrogatorio por ante los testigos don Juan Alfaro y don José Hernández.

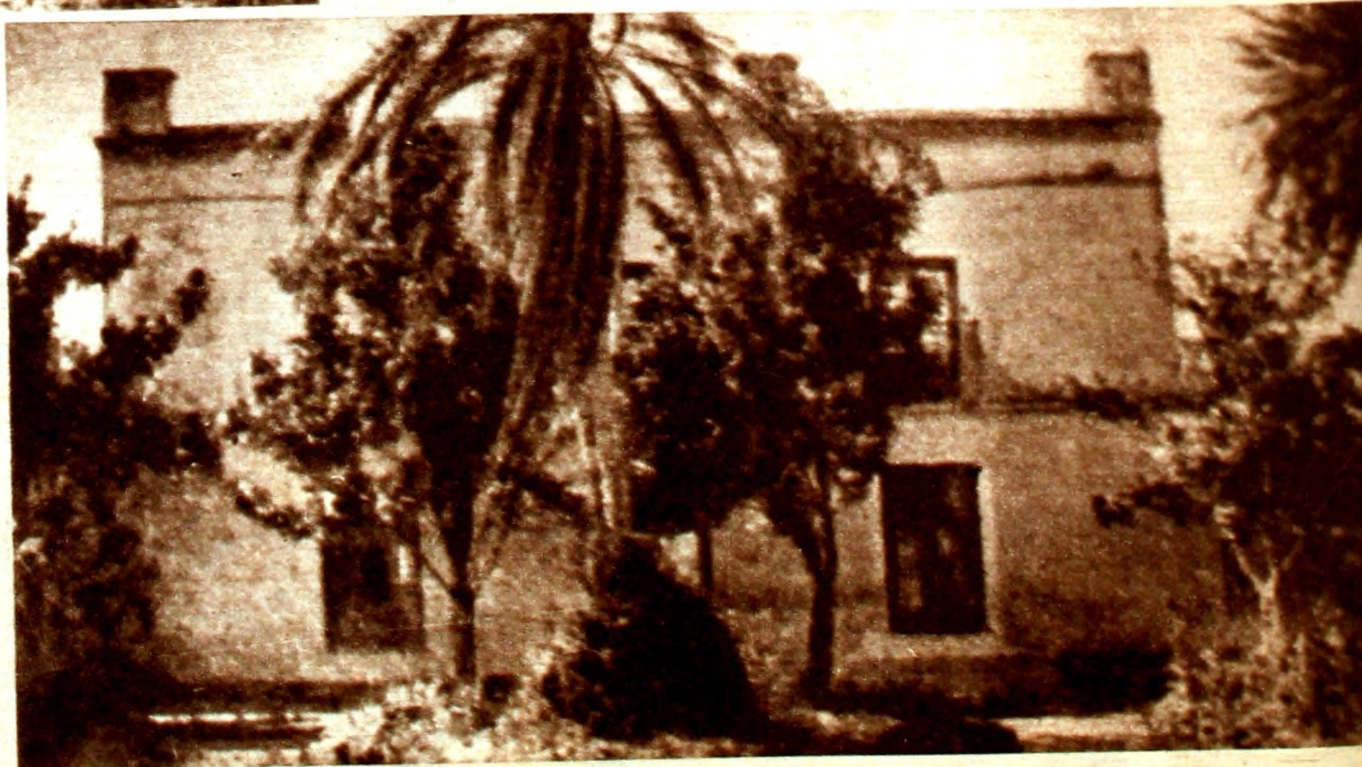
Declaró el mozo de pulpería que estaba presente cuando se tiraron los dados; que la lista era auténtica; que él había escrito



Roble plantado hace 100 años por Dámaso Larrañaga.

Es cierto que en el primer grupo se contaba a don Teodoro M. Vilardebó, a don Ramón C. Ellauri, a don Pedro Otamendi y a don José P. de Oliveira.

En el segundo grupo se contaba a don Juan Gutiérrez Moreno, don Fermín Ferreira, don Cayetano Garbisso, don Constancio Compignan, don Francisco Arnould, don Francisco García de Salazar, don Ireneo Portela, don Juan J. Correa, don Lope Merino, don Patricio Ramos, don Pedro Capdehourat, don Jacobo Bond, don José Previtale, don Juan B. Bre, don Pedro Orascimbere y don Gabriel Mendoza.



La quinta de Berro en el Manga. En uno de los cuartos bajos, daba audiencia Don Paulino a los litigantes del Manga.

LA VIUDA

AL grito del recién llegado asomó en la boca del galpón uno de los peones. Era casi sobre el mediodía.

—Apéese y llegue.

El forastero echó pie a tierra y se acercó.

—Vengo pa hablar con la patrona.

Apareció el capataz.

—Si se pué saber el asunto...

—Sí, señor. Mi hermano, que se llamaba Silvio Cardozo, fue peón en esta estancia. Va pa seis meses que no se sabe nada de él. Cada tanto iba a ver a mama, o le escribía...

Los ojos del capataz, retintos, lo miraron fijamente. Respondió:

—Sí, señor, aquí jué pión. Un día pidió el arregle de cuenta y se jué. No se supo más nada d'él.

—¿No dijo que rumbo llevaba?

—Cuatro o cinco días antes había dicho que tenía ganas de dirse al norte.

—Mire nomás...

Ensimismado quedó el forastero.

—Desensille amigo, quédese a comer.

—Viá acetarle. Gracias, don.

A media tarde echó su caballo. Ensilló. Apareció el capataz.

—La patrona quiere hablar con usté.

Pasó al interior el mozo. Adentro estaba ella. Vestía de luto —había enviudado hacía poco más de un año— la falda hasta los pies, la blusa hasta el cuello. El rostro, blanquísimo, resaltaba sobre ese negror. Sin levantar párpados, de pie, recibió al mozo.

—Lusardo me dijo lo que lo trajo. Su hermano sirvió de peón poco tiempo acá y se fue. No dijo adónde iba, ni porqué. Mientras estuvo aquí vivió contento...

Fue un relámpago la mirada de ella, un destello sobre los ojos de él.

—Sí, señora. Mi mama tá muy afligida. No sabe de él va pa meses. Yo vine por eso, por ella. La vida del hombre... Bueno, adiosito pués...

Junto a su caballo, a punto de estribar, comenzó a picar tabaco. El capataz se le arrimó.

—Asina es que se va como vino...

—Sí, señor.

—Ese tabaco...

—Es brasilero superior. ¿Quiere cortar?

—Tenía un naco como de dos palmos. Antiyer se me acabó.

—Quédese con éste, don. Yo consigo fácil.

Deshicieron la hebra, liaron en la chala. El capataz sacó un yesquero. Se lo pasó al mozo que lo encendió y lo tuvo un momento en la mano. Era un yesquero de punta de guampa, negro, con una marca admirablemente grabada y tapa de plata. Una joya. Lo devolvió el forastero, miró el campo en los cuatro rumbos. Luego de dos o tres humadas densas dijo:

—Totalmente ni sé pa que lao enderezar...

—Totalmente ni sé pa que lao enderezar...

—¿No tiene trabajo?

—No, señor, lo ando buscando.

—¿Quiere quedarse?

—Mire...

—Voy a hablar con la patrona.

Pasaron los días. En uno de éstos la viuda ordenó presentarse a ella.

—Vea, Laurindo: Lusardo me ha dicho que usted es el mejor peón que ha mandado. Así es que el sueldo que le marqué lo voy a doblar.

—Le doy las gracias, patrona.

Otra vez aquella doble flecha de los ojos de ella se clavó en los de él. Fue algo tan fugaz como una gota de agua que cae.

Poco tiempo después, a la vuelta de una recorrida Laurindo dijo al capataz:

—Podríamos dir, capataz, cuando usté disponga, al potrero de los higuerones. Al alambrao lo remueven, hay güeyas claras: tan robando ganao.

—Mañana dispués del café vamos.

Al otro día partieron. Iban solos, al trote largo.

—A ese lindero de los higuerones le tengo ganas. Vamos a pastoriarlo unos días...

Siguieron en silencio. Abrieron tres porteras y al llegar a un rincón tapado de monte indígena se apearon.

—Por aquí sacan el ganao, capataz. Vea ese pique.

Cuando Lusardo se inclinó para observar el palo, la argolla del talero del peón rebotó en su cabeza. Laurindo lo arrimó contra el tronco de un árbol y con un sobeo que llevaba lo reató. Fue hasta una laguneta, mojó su pañuelo de cuello, y con él tapó la cabeza del otro. Poco a poco éste fue recobrando el conocimiento. Cuando abrió del todo los ojos vio al peón sentado frente a él, sobre un tronco que había acercado.

—¿Qué pasó?

—Lo acosté de un argollazo, capataz. Y lo reaté.

—¿Por qué?

—Y le saqué del bolsillo este yesquero. ¿Cómo se hizo con él?

Los ojos de Lusardo se saltaron un poco.

—¿Con ese yesquero? Me lo regaló el patrón, va pa tiempo...

—Mire, capataz: hará un año, al terminar unas pencas, en una rueda de timba estaba Baqueta, el corredor. El parejero que corrió había ganao y a él lo estaban desplumando muy superiormente. Era allá por el Bajo de Almeida... Yo también estaba en la rueda. Ese yesquero pasó sobre el paño toda la noche. Era de Baqueta. ¿Cómo se hizo con él, capataz?

—¡Ya te dijo ca... ¡Haberás visto otro!

—¡Si no canta lo degüello de oreja a oreja! Viá arrimar los caballos, le dejo tiempo pa pensar.

Fue y volvió Laurindo. Y se acercó al capataz.

—¿Y...?

—¡Ese yesquero jué regalo del patrón!

Laurindo desenvainó un largo puñal que al cinto llevaba. El rostro cobrizo y surcado de estrías de Lusardo se volvió lívido... Al cabo de una hora el peón supo la trágica historia.

Aún vivía el dueño de la hacienda cuando a ella llegó Silvio Cardozo a ofrecerse de peón, hombre joven, en la plenitud de su varonil belleza. Era una fiesta para los ojos verlo jinetear. El patrón fue al pueblo cierto día, y ese día, en horas de la tarde, la esposa hizo llamar a Lusardo. El capataz se había hecho hombre en la estancia del padre de ella; por ella sentía una adoración sin límites, adoración en la que había una mezcla de salvaje pasión y de afiebrados deseos. Todo esto, en el correr del tiempo, se fue volviendo abyecto servilismo. La barbarie de aquel hombre, ante lo inexorable de su destino ,terminó en fidelidad de perro. Fue, pues, Lusardo. Y ella le dijo:

—Lusardo: cuando vuelva él tenés que matarlo. Algún día te voy a pagar esa cuenta.

Y en una recorrida, sólo con el patrón, lo tendió de un argollazo, como con él había hecho Laurindo. Le enganchó bien un pie en el estribo y echó el caballo por delante, castigándolo furiosamente. Cuando lo recogieron era un montón de carne y huesos.

—Se le alzó el alazán, lo voltió y disparó como veinte cuadras. No pude asujetarlo... —fue el comentario simple del capataz.

Y comenzó el sórdido y silencioso amor con Lucio. Durante el día, todos los días, ella aparecía en el patio. Daba las órdenes en voz baja, bajos los ojos, envuelta en las sombras de su vestido. Comía sola, servida por una negra vieja. Imponente era el sileocio que imperaba en la casa; ni el estallante canto de los pájaros enjaulados podía ahuyentarlo. Aquel dramático sosiego la servidumbre lo atribuía a la tragedia pasada. Pero cuando la noche se aplastaba sobre los campos Lucio atravesaba las habitaciones guiado por el tenue claror de una lámpara que ella encendía en su cuarto. Y así fue hasta que llegó Baqueta a mirar unos caballos de la tropilla del estanciero muerto, famosa en el pago... Se quedó un día, y otro, y el otro. Baqueta era un mozo de ojos vivísimos. Pequeño, pero atlético, alegre, cantor timbero famoso... La viuda le propuso le cuidara dos caballos y le ofreció un pasar inmejorable. Pero Baqueta vio más allá de lo ofrecido. Entonces ella habló con Lusardo:

—Lusardo: el peón Lucio se va aquerenciando mucho... y sabe mucho que yo no quiero que sepa. Tenés que matarlo.

Y Lucio se fue al norte... desde la cueva en donde se podría hacía meses.

Y Baqueta también llegó a saber mucho. Y además era díscolo, audaz... No halló otra salida, la viuda, que mandarlo a negociar unos caballos al centro, lejos, tan lejos que aún no había vuelto.

—¡Esa mujer es más fiera que Mandinga! —terminó Lusardo con voz sorda.

—¿Y usté; qué es, capataz?

—No sé...

—Ese yesquero lo vendió. Cuando lo vide en sus manos... Después fui maniando baguales y largando reyunos, como quien dice...

Dio un salto de tigre y clavó al capataz en el árbol. La hoja del puñal pasó limpiamente el corazón. Y llegó en un desalado galope a la estancia. Se tiró del caballo, abrió rudamente la puerta que daba al jardín. Al insólito ruido de su llegada —crepitar de cascos, ladrar de perros, y el grito del peón casero—, asomó ella, rígida y sombría como siempre.

—¡Tengo que hablarle!

Adentro, frente a frente, él clavó su mirar en el de ella ;y sintió aquella luz de su mirar, fugaz, pero agudo como una espina.

—En el potrero de los higuerones quedó el capataz; reatao a un árbol y muerto.

—¿Muerto?

—Yo lo maté.

—¡Qué está diciendo!

—Tu marido, mi hermano, y el corredor Baqueta, ¿por qué los mandastes matar, yegua de cien galopes?

Las líneas del rostro de ella trazaron una gran serenidad; pero en sus ojos bien abiertos ahora, brilló una luz punzante; Laurindo sintió un extraño dolor cuando pegó en los suyos. Y la viuda habló suavemente:

—Sólo de tres galopes, Laurindo. Y los tres que me galopiaron no supieron ser jinetes. Los tres quisieron sofrenarme como mula de carro, les gustaba jugar las nazarenas y el rebenque. Yo les di todo lo que una mujer, que es una mujer rica, le puede dar a un hombre; pero se les subió el macho a la cabeza, y demasiado... Usted no entiende nada de esto... Lusardo no era un hombre; era un perro que se crió en mi casa, a mi lado... ¡Váyase, Laurindo!

Y Laurindo se fue.

José MONEGAL

(Especial para EL DIA)



(Dibujo del autor)

---

y Obes, que cambiaba por el de Villa de la Unión al antiguo pueblo de la Restauración.

Y el 24 de noviembre del mismo año, firmado por los mismos, daba los límites de la jurisdicción del pueblo que abarcaba no solamente la Unión de hoy, sino también la Blanqueada, el Buceo, Malvín, Carrasco, la Aldea y parte de Maroñas.

Entre 1838 y 51 volvió Oliver a ocupar el Juzgado del Manga. Ese año se lo declara cesante y es sustituído en junio 4 por José Toribio Madrazo. Pero luego, por irregularidades en la elección se hace una nueva y es nombrado entonces el 24 de agosto José Lozano. En la segunda elección algo tuvieron que ver los antecedentes de Madrazo. Antes de postularse para el puesto de juez, fue defensor judicial el señor "Pepito seis dedos".

Es notable su afirmación ante Basáñez, de que "cuando no se podía ganar un asunto por las buenas, siempre quedaba tiempo para ganarlo a las malas". Puede haberlo perjudicado *algo* este antecedente en la elección del Manga.

El expediente número cuatro, de junio 9 de 1853 trata de la demanda de la señora Ramona Guerra de Clavijo, que se presenta por intermedio de Carlos Falero, quien pide al Juez de la 6ª "que no entregue una gorra que se rifó a doce vintenes el número, pues la verdadera ganadora es su hija Enriqueta Clavijo".

Damos la carta de la señora de Clavijo dejando intactas la ortografía y puntuación de la misma:

Manga, Mayo 30 de 1853:

Sr. Carlos Calero: muy señor mío: hesta no lleva otro objeto sino Decir a Vd. que estoy informada que una de mis niñas a los puntos alcanzados por cada uno; que le constaba que el punto más alto fue el 46; que el que tiró el dado para ese punto fue Antonio Arbelo; que no pudo saber para quién.

Firmaron esta declaración: Paulino Berro, Juez de Paz, a ruego de Juan Alfaro; Socorro Franco, José Hernández, Juan Pedro Oliver.

El día 14 de junio se tomó declaración a Antonio Arbelo. Declaró que él hizo el punto más alto, 46, y que tiró para Enriqueta Clavijo.

Aquí termina el pleito y Enriqueta Clavijo habrá lucido al fin, la gorra color "flor de romero", que costó una onza, pero ella pagó doce vintenes.

O

El marido de doña Ramona Guerra era Rafael Clavijo. El matrimonio tuvo varios hijos: Juan, Juan Fco., Rafael, Quiteria, Enriqueta, Isabel, Mercedes y Ramona.

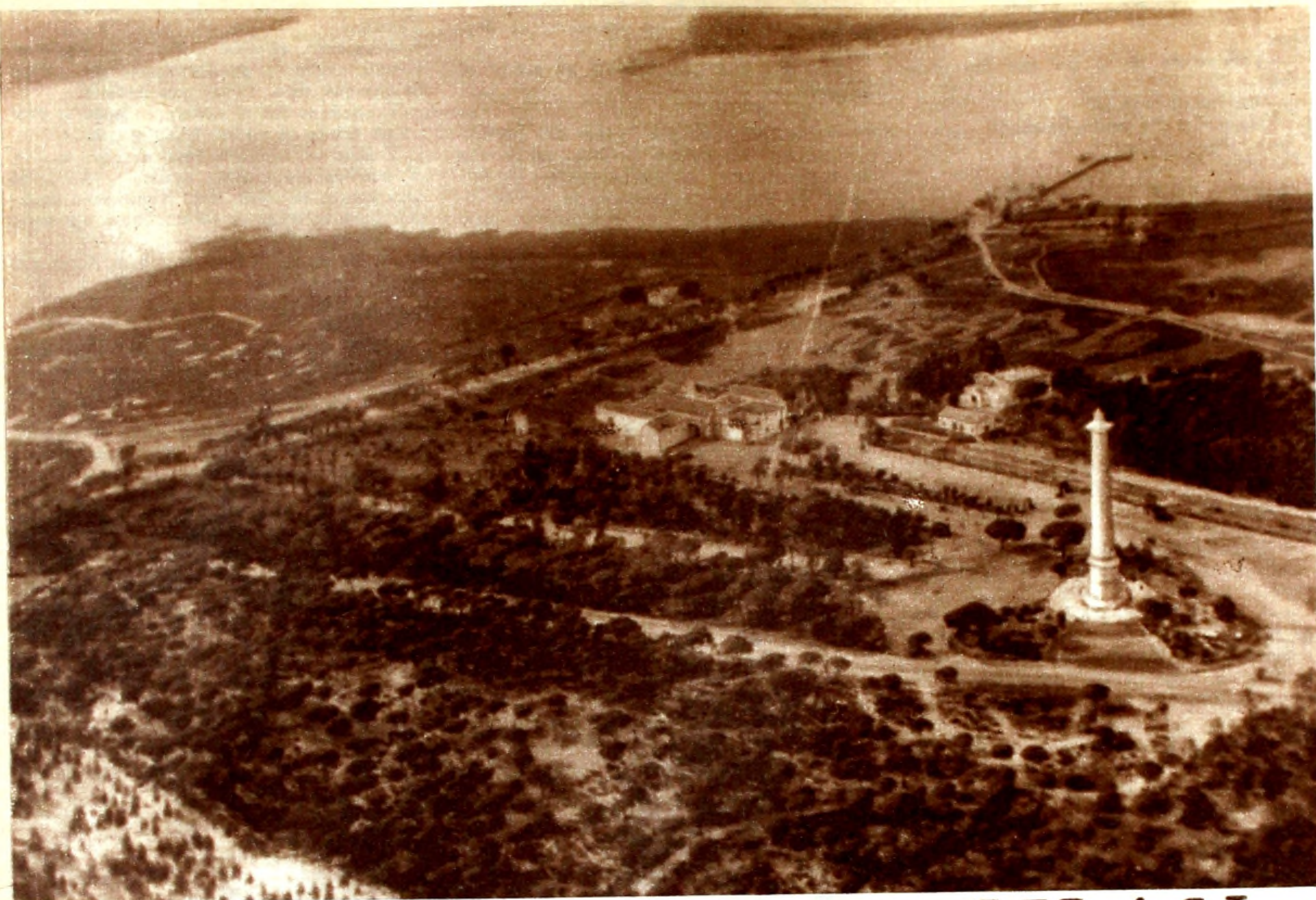
Quiteria era casada con Calixto Hernández, hermano de Pablo.

Ramona con José Hernández, cuyos hijos José y Alberto viven en Carrasco. Isabel casó con Antonio Arbelo, el que tiró los dados por Enriqueta. Mercedes casó con Rafael Anza, hermano de la madre del doctor José Irureta Goyena.

M. Ferdinand PONTAC

(Especial para EL DIA)

NOTA: Paulino Berro nació en 1816, siendo trece años menor que su hermano Bernardo P. Berro. Durante la guerra grande, este último sostuvo con su hermano Paulino, que se hallaba desterrado en Buenos Aires, una activa correspondencia.



Vista aérea de La Rábida.

JUAN RAMON
Y SU
DESTINO AMERICANO

NATURALMENTE, el destino "americanista" hizo que el poeta de Moguer prestase una evidente atención especial hacia la literatura hispanoamericana, glosando la obra o dejando fija, en instantánea caricatura lírica, la imagen más o menos barroca del autor: Martí, Rubén, Silva, Rodó, Reyes. Dulce María Loynaz, Eugenio Florit, Pablo Neruda...

A Martí lo había leído algo en su juventud y por lo visto el cubano le había dejado "algo" que no le dejaba. Pero es al llegar a Cuba cuando se da cuenta de todo el Martí "directo", "fino", "secreto", "nacional" y "universal". "Miguel de Unamuno —escribe— y Rubén Darío habían hecho mucho por Martí, porque España conociera mejor a Martí (su Martí, ya que el Martí contrario a una mala España inconsciente era el hermano de los españoles contrarios a esa España contraria a Martí). Darío le debía mucho, Unamuno bastante; y España y la América española le debieron, en gran parte, la entrada poética de los Estados Unidos. Martí, con sus viajes de destierro (Nueva York era a los desterrados cubanos lo que París a los españoles), incorporó los Estados Unidos a Hispanoamérica y España, mejor que ningún otro escritor de lengua española, en lo más vivo y más cierto".

Otro hispanoamericano que había constituído obsesión en el primer Juan Ramón había sido —ya lo hemos dicho— José Asunción Silva. Basta leer los primeros libros para darse cuenta de que entonces constituía Silva lectura predilecta del autor de "Ninfeas", "Almas de violeta" y "Rimas". Silva era, para él, como el toque de rebato para la gran campaña modernista. Le había llegado temprano, cuando es más fácil el contagio y la devoción. Silva tenía con él un punto de contacto indiscutible: el sentimentalismo. Con el tiempo, el propio Juan Ramón vio algo de "refiguración" en la personalidad poética de Silva. Lo que tenía, prestado, de francés. Pero hace una salvedad —una espléndida salvedad que no han visto o no han querido ver algunos ofendidos poetas hispanoamericanos—, una excepción que por sí sola salva al pobre Silva de cualquier posible acusación: el Nocturno. Juan Ramón recordaría sin duda los muchos nocturnos juveniles suyos hechos con patrones de Silva cuando escribía: "Este nocturno, germen de tanto en tantos, es sin duda el poema más representativo del último romanticismo y el primer modernismo, que se escribió en la América española. Funde dos tendencias o fases idealistas en un punto exacto que coge lo mejor, más desnudo, más esencial de cada una, y deshecha de cada una lo sobrante". Y añade: "Lo guardo en mí, alma y cuerpo, para siempre y siempre que me vuelve me embriaga y me desvela".

De todos los nombres americanos, el más fascinador para Juan Ramón es, desde luego, el de Rubén. "Rubén Darío mío —escribe—. ¡Tanto Rubén Darío en mí; tan vivo siempre, tan igual y tan distinto; siempre tan nuevo!". Rubén le acompaña de por vida. El juicio de Juan Ramón, tan antojadizo a veces, tan lleno de arrepentimientos, de chispazos y remordimientos súbitos, tiene una sola, evidente, fidelidad total: Rubén. Juan Ramón, que odió siempre el modernismo de salón, el de los Versalles galantes, los surtidores y los cisnes, la japonería y las princesas, se lo perdonaba todo a Rubén. Y no sólo se lo perdonaba sino que se lo aplaudía aún a sabiendas de que él significaba la reacción contra todo aquello. Rubén, para él, estaba por encima del bien y del mal, por encima, yo creo, del propio genio poético. Admirable esta fidelidad, este reconocimiento de poeta niño, de adolescente audaz, de poeta maduro, de maestro indiscutible. "¡Rubén Darío mío!". En 1916, en el primer viaje hacia América, acaso soñando con encontrar a Rubén en alguna ciudad fabulosa de norte o sur, "yendo yo —dice— de España a New York, febrero crudísimo, me dolió el radio con la noticia lamentable, frente a Terranova, ciego de ciclón blanco en la tarde; en un vano de la ruta que él, un poco vivo aún en sí, había ocupado antes". Rubén acaba de morir y él escribía para su diario de poeta enamorado:

Sí, se le ha entrado
a América su ruiseñor errante
en el corazón plácido. ¡Silencio!
Sí. Se le ha entrado
a América en el pecho
su propio corazón.

Gran admiración sintió también Juan Ramón por la obra de José Enrique Rodó. Hacia 1900, a su llegada a Madrid, oyó nombrar por primera vez al uruguayo. "Ariel" —escribirá— en su único ejemplar conocido por nosotros, andaba de mano en mano sorprendiéndonos". Era la hora de los libros americanos que Villaespesa adquiría no sabían dónde pero que luego leían y comentaban todos. "¡Qué ilusión entonces para mi deseo poseer aquellos tres libritos delgados, azules, pulcros, de letra nítida roja y negra: "Ariel", "Rubén Darío", "El que vendrá". Después, en 1902, tuve ya una carta inestimable de Rodó por mis pobres "Rimas" enfermas. Luego, para mi solo, sus libros aquellos anhelados. Más tarde, en 1908, su crítica "Andalucía recóndita",

LOS UNIVERSALES

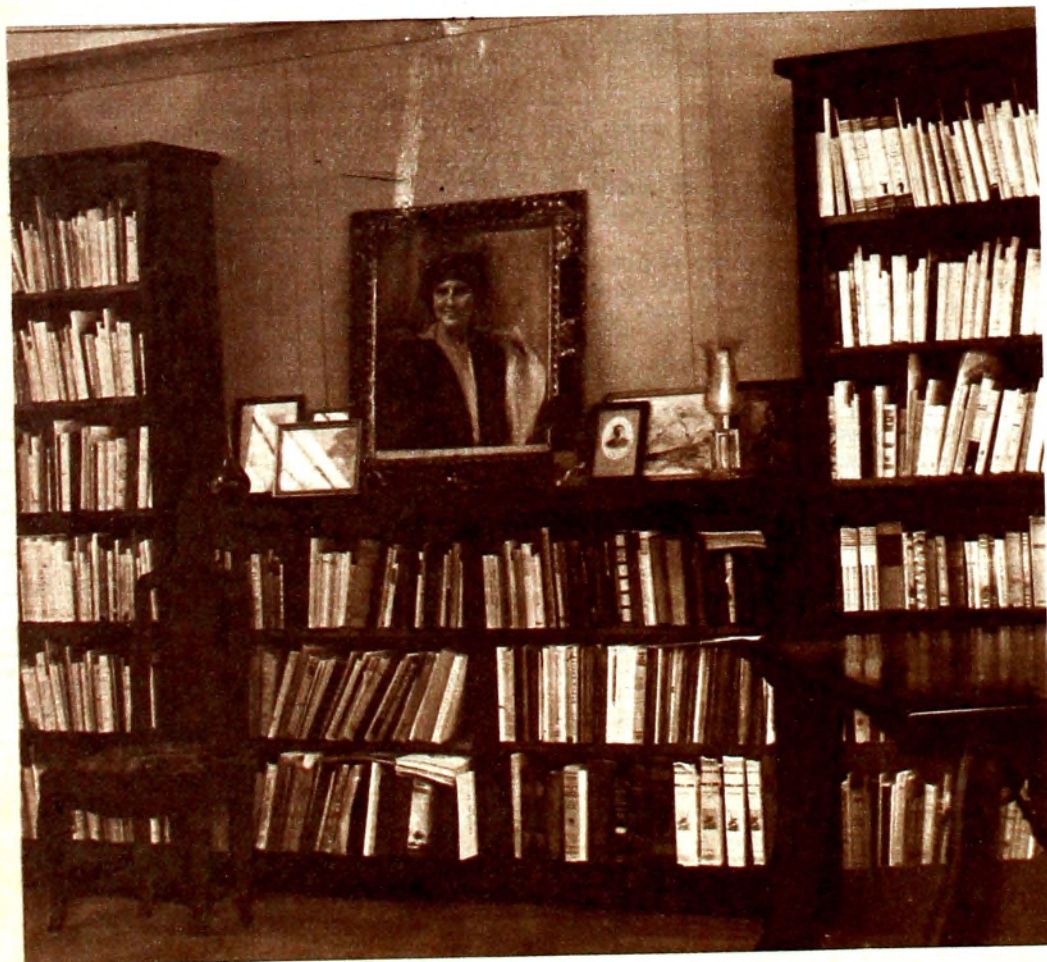
Aquí, bajo esta palma dorada del Retiro, cuyas estranjeras hojas dulces acaricia la luz, el alma del agua está temblando. Junto a este olmo forastero que gotea al sol del agua del surtidor plateado, vea pasar, esta tarde, en largas hileras, las sombras de los universales españoles, tristes y pensativos.

Son todos los que no se contentaron con el solar y la raza, los que no creían que fuera lo varonil el jesto brusco español y el denuesto colorado, los execrados por hablar con voz de todas partes, los ridiculizados por sentir las cosas que en España se siguen considerando como cosas de mujeres o de poetas clásicos: la flor, el pájaro, el niño, la mujer delgada, en entretiempo, lo delicado en suma.

Pasan, pasan, bastantes y qué poco oídos. Son como el pájaro alto en el cielo abierto sobre el huerto cerrado, sobre el asno trabado, sobre el camino con fin. Son los verdaderos españoles amigos de la vida, del hombre, de la eternidad.

JUAN RAMON JIMENEZ

(De "La Colina de los Chopos"; en preparación)



Sala Zenobia - Juan Ramón Jiménez, otra sala de la Biblioteca en la Universidad de Puerto Rico. Oleo de Zenobia por Sorolla.

por mis ansiosas "Elejías"... Juan Ramón, entre agradecido y admirado, dedica a Rodó, por entonces, su libro "La soledad sonora". Y, al fin, se conocen. Un amigo común hizo la presentación en la Redacción de "España", en la calle del Prado. Y muy pocos días después moría Rodó en Italia, camino de Grecia. Juan Ramón siempre lo recordó con estimación y nostalgia.

A Alfonso Reyes lo conoció en la plataforma de un tranvía. "Subía yo —dice— adivinándolo y él me sonreía. Sí, su sonrisa, como luego, siempre, en su pisito bajo de General Pardiñas, en su piso principal de Serrano, en el Centro de Estudios Históricos, en la Embajada de México, en mi misma casa, me recibió fina, tersa, subida a los ojos". Para el poeta era Alfonso Reyes un "hombre superior, diferencia, cultura, despejo, tolerancia. Una cabeza entera".

Muchos más poetas, escritores o artistas pasaron por la valoración, el cristal de distinto color, de nuestro gran poeta. Su afán de corregirlo todo, de tocarlo todo, nos ha privado de la gran lista. Pero entre lo entregado, ahí están el retrato de Dulce María Loynaz, curvo, de vitral, ingrávido e irónico; o el de Pablo Neruda, mordiente, escalofriante de verdad contagiosa; o el de Teresa de la Parra, blanco, fugaz, nostálgico; o el de Eugenio Florit, escurridizo, picado, casi cubista...

Los últimos años de su vida pasados en Puerto Rico —allí llegole su mayor alegría y su mayor dolor— ahondó más en el ánimo de Juan Ramón Jiménez su pasión por el paisaje y los hombres de América. Ya hemos dicho en otra ocasión que el poeta encontró en la "isla del primor y la simpatía" su segunda patria y que la Universidad de Río Piedras fue como un hogar entrañable para su espíritu maltrecho. No obstante el poeta pensó siempre volver a España y la admirable Zenobia, al morir, lo dejó así dispuesto. Es indudable que los amigos y el aire claro de la isla hicieron lo posible por aminorar la pena del poeta, de un poeta que, con Rubén, Neruda y Lorca, ha llenado cincuenta años de poesía hispanoamericana.

Sí, Rubén, Juan Ramón, García Lorca, Neruda... La poesía americana actual está sostenida de estos nombres. Cada uno de ellos tiene su tiempo y su espacio. Rubén, el grande, un tiempo ancho y largo que se corta rápido, como un corte brusco sobre un abismo. Juan Ramón tiene una cala más suave y es suyo el volteo mayor, el horizonte más hondo y la luz más ideal. Lorca es otra cosa. En Lorca hay mucha circunstancia. Su pirueta genial alumbra instantáneamente, difícilmente, con escuela peligrosa y escurridiza. Neruda ha volcado en mucha poesía de habla española su intuición impar y eso que se ha dado en llamar "la fuerza". "¿Quién será el poeta que llene lo que quede de siglo —se pregunta Juan Ramón—, el que levante y pase una nueva antorcha y, sobre todo, el que determine una poesía de verdad mejor?" Y se contesta, vidente, mirando hacia su América querida: "Deberá nacer en Hispanoamérica y del lado del Pacífico, que lo espera".

Francisco **GARFIAS**

(Especial para EL DIA)

ALBRICIAS Y CONDOLENCIAS A JUAN RAMON JIMENEZ

Más de diez lustros bullen dentro de mi memoria:
Veo a la cabecera de esa media centuria
Danzar mi mocedad con embriagada euforia,
Hambrienta de emociones y ardiente de lujuria.

Mi carne y mis ideas andaban en tumulto;
Pero una vocación lírica sometía
Lo que fuera aun materia, y llamábame al culto
Sublime de las artes y de la poesía.

Por entonces tú eras un aeda incipiente;
Mas yo te oía allende el océano undoso
Y en mi patria acogía con laudo reverente
—Entre folios de "Helios"— tu salmo luminoso...

Hoy que un sabio concilio mundial te ha coronado
Invoco con orgullo la intimidad lejana
Que a ti me uniera, empero tú la hayas ignorado...
Y ante el duelo insondable que a tu gloria se hermana

Me inclino en doble intento: jocundo y desolado...

CESAR MONTERO BUSTAMANTE

Publicamos complacidos el poema que su autor, compatriota de larga y destacada actuación en medio siglo de vida diplomática, tuvo la gentileza de hacernos llegar. Poema enviado por él desde Nueva York, en octubre de 1956, al poeta encumbrado en ese instante por el galardón del Premio Nobel y sumido en la plena desventura de la muerte de Zenobia.



Retrato de Juan Ramón Jiménez.



Sala Zenobia - Juan Ramón Jiménez, en la Universidad de Puerto Rico. En la vitrina puede verse el diploma y el medallón del Premio Nobel. Oleo de Sorolla.

METEORA:

una de las maravillas del mundo

ABANDONAMOS Delfos por la mañana, faldeando el monte Parnaso, morada de las musas, camino de Meteora una de las maravillas del mundo, como han vuelto a clasificarse diversos lugares de la tierra en esta época del cinerama, que si ensancha mucho las pantallas cinematográficas no le sucede igual con la imaginación y menos con los adjetivos, que siempre nos resultan gastados o percudidos ante la realidad. Pronto atravesamos la minúscula ciudad (que no es igual decir aldea) de Amfisa, dominada por un castillo medieval, franco y catalán, construido entre los años 1205 y 1394 (sonrío al pensar en nuestra cronología americana que cuando mencionamos una casa de 1860, agregamos: "viejísima" o "del tiempo de ñaupa"); sus tres murallas están asentadas sobre las ruinas de la antigua Acrópolis (siglo VII A. C.). Los olivares van desapareciendo a medida que la garganta se estrecha. A nuestra izquierda, hacia el Oeste, se divisa la cumbre del Gióna, de 2.800 metros de altura (aquí sí podemos ubicar airosamente nuestras medidas americanas). Cuadrillas de peones están ensanchando el camino asfaltado; a menudo, y en todas partes de Grecia se ven estos campamentos de vialidad; en otras se procede también a la forestación: pinos y cipreses desparramados decorativamente en las laderas cercanas a los caminos. Lo bello y lo útil, el antiguo y esencial aforismo helénico.

Cosa ésta que no se ha logrado en el monumento construído por suscripción internacional en las Termópilas, que recuerda la heroica y legendaria resistencia final de Leonidas y sus 300 espartanos, contra los 300.000 medos y persas de Jerges. Un basamento de unos tres metros de alto y veinte de largo con altorrelieves de la batalla, sostiene la estatua en bronce del rey de Esparta, desnudo, armado de lanza y protegido por el escudo redondo y su gran casco con cimera. Desde el punto de vista plástico el monumento es mediocre. En un cerrillo vecino, aparece la sobria placa de mármol con su leyenda: "Extranjero: ve y di a los lacedemonios que aquí yacemos en obediencia a sus leyes". Junto al monumento pasa el moderno camino. El paisaje ha variado notablemente en relación al que vio la célebre batalla en el año 480 A. C. El mar, que con las montañas formaba el desfiladero, se ha retirado varios kilómetros; los aluviones, arrastrados por el río Sperkios y sus afluentes, han llenado esa parte del golfo de Lamía. En esa tierra ripiosa (con arbustos duros y espinosos semejantes a los de nuestras zonas montañosas), suelo que recibió la sangre de esos 300 amigos unidos por un juramento, tractores y topadoras mecánicas rugen bajo el sol deslumbrante construyendo una autorruta: quizás sea la imagen más justa de esta Grecia que no desea vivir de su esplendoroso pasado, que vuelve a dar al mundo otra gran lección: de cómo un pueblo voluntarioso puede sacudir una tiranía de siglos y reconstruirse social, económica, política y espiritualmente en poco más de cien años; lección que en grado singular debe ser aprendida por los países latinoamericanos, para quienes la naturaleza fue más pródiga de sus riquezas. Esto pensé junto a esa lápida espartana, porque para aprender esta lección también hace falta coraje, coraje diario y civil, acaso el más difícil.

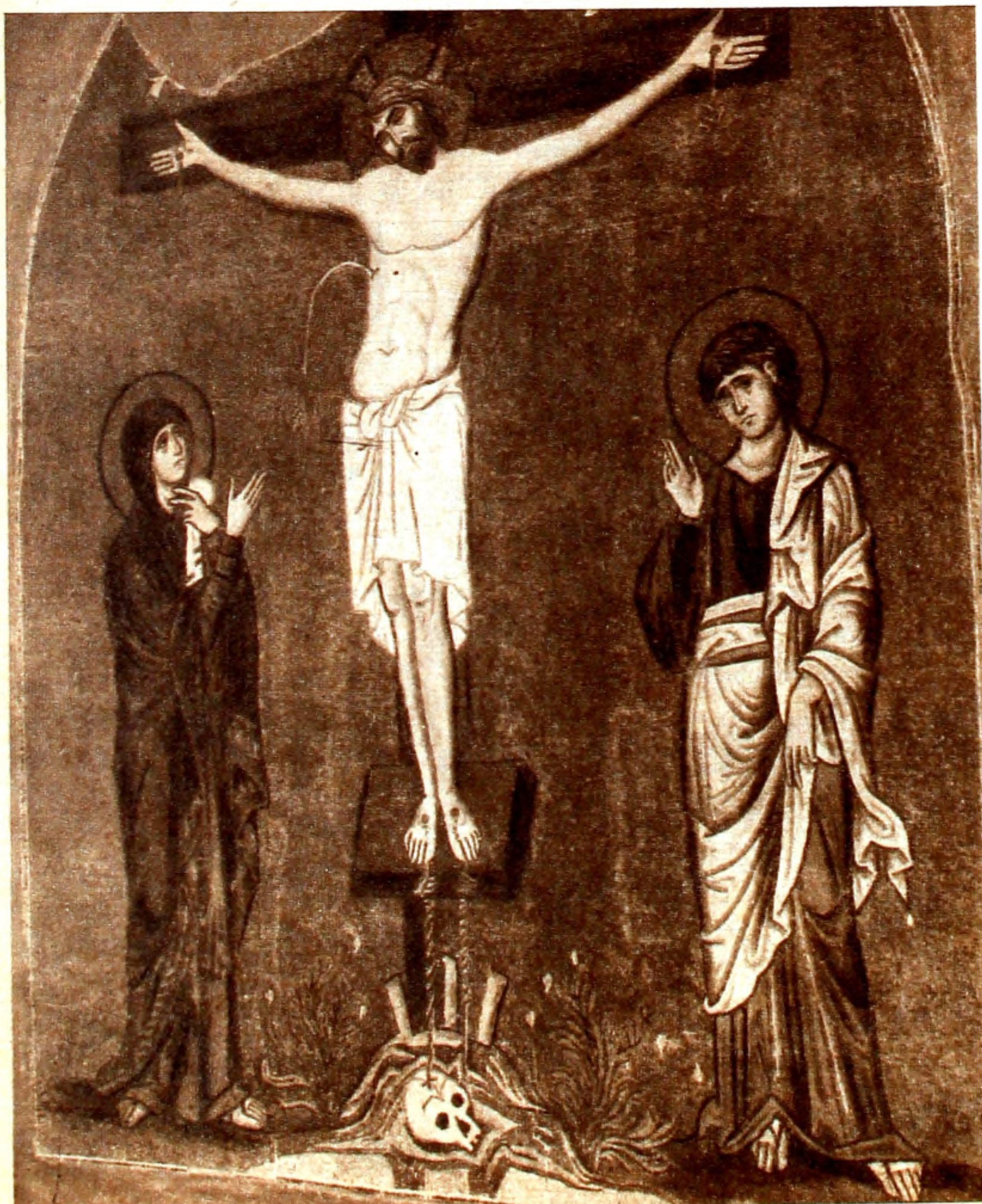
Más allá de la ciudad de Lamía, el camino entra en la gran llanura de Tesalia, luego de abandonar montañas boscosas. Es el granero de Grecia con sus trigales y arrozales. Asimismo, desfilan extensas plantaciones de tabaco; las casitas encaladas de los campesinos se encuentran rodeadas por tendales de hojas puestas a secar al sol.

En la margen derecha del río Pintós, se alza la ciudad de Lárisa, la más importante de Tesalia, que en épocas de la Confederación Tesalónica atrajo a grandes sabios y artistas, entre ellos al poeta lírico Píndaro, y a Hipócrates, el padre de la medicina que aquí murió en el 357 A. C. Nos detenemos ante una plaza en forma de rotonda en la cual se levanta un monumento a uno de los héroes de la independencia griega, Atanasios Diacos, un cura que espada en mano luchó contra los turcos hasta que éstos lo tomaron prisionero y le exigieron cambiar de religión y nacionalidad. Prefirió morir antes que hacerlo. Como escarmiento y ejemplo, los turcos le atravesaron el cuerpo a lo largo con un hierro y lo quemaron a fuego lento, haciéndole girar. Como estaban en primavera sus últimas palabras fueron estas: "Qué lástima morir ahora cuando las montañas están floridas".

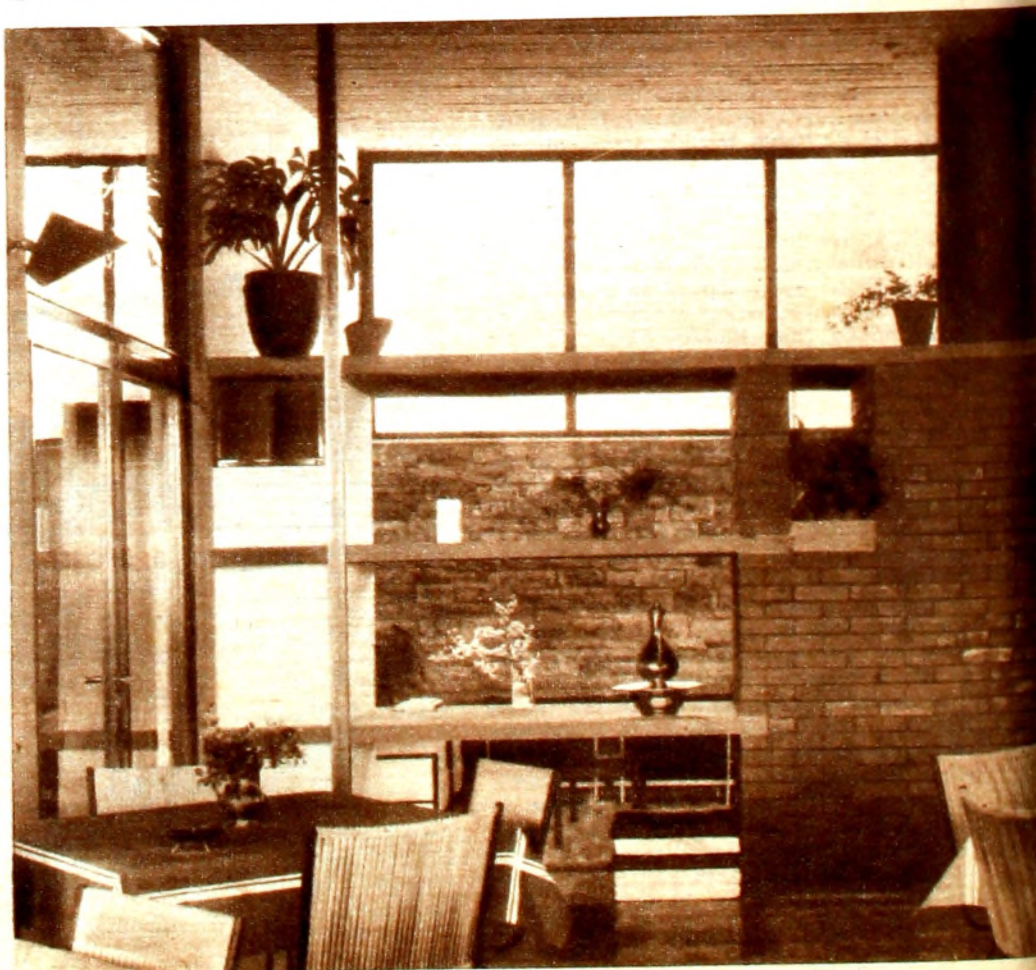
Abandonamos Lárisa, rumbo a Meteora. A lo lejos se divisan las montañas sagradas del Olympo, morada de Zeus y los demás dioses; vamos en línea recta hacia la cordillera del Pindo. Plátanos, alamedas y viñedos recuerdan el paisaje de Mendoza.



"El *Bautismo*", otro de los mosaicos de *Dafni*, contemporáneos de los de San *Marco*, en *Venecia*.



Mosaico Bizantino del siglo XI, en Dafni; arte que influyó en los realizados por los monjes de Meteora.



Uno de los salones del Hotel de Turismo (Xenia) en Kalambaka, al pie

Fragmento del friso del Partenón, para el cual sirvieron de modelo los caballos de Trikkala.

...mos la encantadora ciudad de ..., la homérica Trikka, dominio de ... de Esculapio, quienes fueron los ... del ejército griego que sitió a ... Esta región produce los caballos más fuertes y de armoniosas líneas, tanto que sirvieron de modelo para aquellos que el mundo admira desde hace siglos: los del friso de las fiestas panateneas en el Partenon de Atenas.





Al fondo, las montañas de Meteora; en primer plano el hotel de turismo construido por el gobierno griego.

Al comenzar las estribaciones del Pindo, tenemos la suerte de sufrir la primera *panne;* y digo suerte porque hace posible que se nos acerque un pastor de más de 80 años. Viste el traje regional: pantalones ajustados y larga casaca gris casi negro, camisa blanca con alforzas, suecos de madera que usa en invierno y verano. Aún cuida sus ovejas y, sonriente, muestra cómo duerme en pie, sirviéndole de apoyo su largo cayado, con nieve o sin ella. Guarda los cigarrillos que le ofrecemos para sus bisnietos, pues prefiere el tabaco de la región.

Por fin y al anochecer, llegamos a Meteora, que en griego significa: monasterios en el aire. El Hotel Xenia, recién inaugurado, es una de las muestras más felices de la arquitectura "funcional italiana" y está decorado con singular buen gusto. Desde el largo balcón que abarca el ancho de la pieza, divisamos, a la luz de la luna, esos monstruosos terrones de azúcar coronados por un monasterio que parecen sus montañas. Rocas prodigiosas que con paredes verticales se levantan centenares de metros. Pese al cansancio del largo viaje, me cuesta abandonar ese paisaje extraterreno, lunar, astral, que llena el alma de misterioso y mágico deslumbramiento; de una sugestión en la cual se desliza algo del temor que flota en los cuentos de brujas escuchados en la infancia. Y, en verdad, sólo por arte de magia pueden imaginarse esos 24 conventos edificados entre los siglos XIV y XVI en la cima de ese bosque de rocas gigantescas; de ellos, sólo 4 están habitados todavía: el gran Meteora, Varlaam, el Ayia Tríos y el Ayios Stefanos. Fueron construídos durante la turbulenta época de las guerras entre los emperadores de Serbia y de Bizancio, como inaccesibles refugios para ermitas, monjes y viajeros. El Meteorón, fundado en 1356 por el cenobita Athanasios tenía reglas tan estrictas que ninguna mujer podía acercarse al monasterio, ni ser ayudada, aunque muriera de hambre. Estos conventos fueron saqueados y perdieron sus tesoros a comienzos del siglo pasado.

A la mañana siguiente visitamos el Meteorón, a 534 metros de altura; antaño sólo tenía como medio de comunicación un montacarga en forma de red, con el cual era necesario salvar los últimos 50 metros de la ascensión, una muralla natural de piedra a pique. Actualmente se sube por una escalera en galería excavada en la roca que sostiene los cimientos del edificio. En este hermoso y apacible monasterio, que en su iglesia guarda frescos de rutilante concepción bizantina, sólo quedan dos monjes; lenta e irremediablemente se va extinguiendo esta vocación de la vida contemplativa, de la soledad. El superior, hombre aún joven, con su amplio hábito negro y minúsculo rodete sobre la nuca, accede a tocar el "simandróm", gong de madera que semeja un tronco ahuecado de unos tres metros de largo, suspendido de dos cadenas en una galería con arcadas que se abre sobre el valle de acceso, en el fondo del abismo. Desde hace siglos, los superiores lo utilizan para llamar a los oficios a los otros monjes, a las 4 de la mañana, hora en que invariablemente se levantan.

Un calmo jardín interior con encinas y cipreses, ocupa el patio cerrado por el claustro de las celdas inhabitadas y un pabellón de turismo, en donde pueden alojarse los viajeros. Viajeros dichosos que, angélicamente suspendidos en el aire, reposan algunos días sin teléfono, sin radio, sin televisión ni bocinas; sin el tráfago ciudadano que hemos creado, voluntaria o involuntariamente, como una forma de acallar el espíritu. Confieso que experimenté angustioso deseo de quedarme a escribir un libro y, cada vez que levantara la cara, sentir ese paisaje fascinante como una bocanada de aire puro; sentir que el tiempo sólo pasa en el jalón del "simandróm" o en el de la campanita que se recorta sobre el cielo de cobalto.

Abelardo ARIAS

(Especial para EL DIA)





Gilgamesh en lucha con un león. Dos detalles. (British Museum).

LA MUSICA Y LOS MITOS MESOPOTAMICOS DE LA MUERTE

SE cuenta por siglos el tiempo desde que el papel de la música se circunscribe a llenar dentro de lo sociedad y del individuo en particular, una misión puramente estética.

La música como placer del espíritu, la creación musical como salvación y como puerto muchas veces a hondos conflictos filosóficos internos, pero casi nunca, exceptuando los oficios religiosos medioevales, y esto es lo que nos separa del mundo pre cristiano, como función o parte integrante de una ceremonia, ya épica, ya guerrera o lo que es mucho más conciso, como parte inseparable e importantísima para la consumación del ritual místico.

La magia tan generalizada en las culturas primitivas, es uno de los poderosos factores sobre el cual se apoya el vasto mundo intelectual de esos pueblos. Dos elementos básicos la componen: una fórmula, llámese conjuro, encantamiento o exorcismo que se concreta a través de la palabra y luego los actos que por si mismos constituyen todo el complejo y proteico mundo de oropel y fantasía que es en si el ritual.

Acercándonos así al punto de partida de la cultura humana, es decir, a los pueblos milenarios que habitaron la Mesopotamia, encontraremos una relación de lo antes dicho sobre el poder de la palabra, en las antiquísimas creencias sumerias, donde si una cosa no era nombrada, el espíritu no se encarnaba en ella y por consiguiente el objeto no existía.



Rostro del gigante Humbaba (II Milenio) (British Museum)

Esto tiene directa relación con el poder mágico que a la voz atribuía el hombre primitivo. Y si nunca se sabe exactamente dónde muere la palabra hablada y comienza la cantada y si aún hoy un recitativo podemos definirlo como una declamación dentro de la música o como dice Rousseau en su "Dictionnaire de la Musique" "como un modo de cantar que se acerca mucho a la palabra"; es de suponer que el poder de la música en el ritual no es más que una derivación del poder de la voz. De este modo el canto que para cantidad de pueblos tiene un origen divino, adquiere una fuerza expresiva y comunicativa muy por encima de la de la palabra. Muchos son los pueblos de la antigüedad que basaban su organización cósmica en los sistemas musicales y aún los encadenaban estrechamente a todo fenómeno atmosférico. Desde la escuela pitagórica, base aún hoy de buena parte de nuestros sistemas de escalas, hasta el famoso "De Musica Libri VI" de San Agustín convienen en que si la música se encuentra para algunas culturas tan compenetrada con las leyes de la naturaleza, sea capaz también de modificarlas.

La música es todopoderosa y su acción múltiple, ya se la emplee para conjurar tormentas, para detener o atraer a las lluvias, para lograr el amor, para la curación de enfermedades o para favorecer un nacimiento, llegando a tener un alto sentido profético. El mismo aparece claramente en la Biblia cuando en el Primer Libro de Samuel (cap. X; vs. 5 y 6) éste le dice a Saul: "De allí vendrás al collado de Dios donde "está la guarnición de los Filisteos y cuan- "do entrares allá en la ciudad encontrarás "una compañía de profetas que descienden "del alto y delante de ellos salterio y adu- "fe y flauta y arpa y ellos profetizando: Y "el espíritu de Jehová te arrebatará y pro- "fetizarás con ellos y serás mudado en otro "hombre".

Volviendo nuevamente a las antiguas culturas sumerias veremos que allí la importancia de la música aparece casi compenetrada con los mitos de la muerte. El ejemplo más terminante de esto lo encontramos en uno de los cantares sumerios que integra el ciclo de la epopeya de GILGAMESH. Lo que hoy se conoce bajo este nombre consta de doce tablillas de barro cocido cubiertas de signos cuneiformes. Las once primeras son la epopeya semita propiamente dicha y la que nos ocupa (Nº XII) es un cantar sumerio transcripto a continuación.

Gilgamesh según la leyenda es hijo de una diosa, NINSUN, y de un mortal: LUGALBANDA y tenía dos partes de dios y una de hombre. Cocomo todo héroe mitológico, realizó grandiosas hazañas tales como la tala de los árboles del bosque de los Cedros Sagrados que rodeaba la montaña de los dioses y matar al monstruo HUMBABA, una especie de cíclope cuyo ojo tenía el poder de petrificar al que miraba y cuya misión era la de ser el guardián de ese bosque.

Gilgamesh tenía en ENKIDU un amigo inseparable y un vasallo y junto a él mató al Toro Celestial, representante de las tormentas.

Esa duodécima tablilla nos cuenta que una vez la diosa INANNA había plantado en su jardín sagrado un pequeño árbol, un huluppu (que sería quizás una especie de sauce) con la idea de utilizar luego su madera. Pero un día vio como una serpiente se refugió al pie de su tronco y como luego sus ramas fueron ocupadas por dos demonios: el pájaro IMDUGUD y sus polluelos y LILITH, un diabólico espíritu femenino. Gilgamesh combatió contra la serpiente matándola, pero Imdugud y Lilith fugaron. Entonces con la madera de ese árbol, el héroe se construyó un PUKKU y un MIKKU.

Acerca de lo que califican estas dos palabras se dan diversas acepciones. De lo que se tiene certeza es que ambas denominaciones sirven para instrumentos musicales, pero mientras que Kramer cree que el Pukku era un tambor y el Mikku el palillo con que golpearlo; Conteneau nos dice que el Pukku era una trompa y que el Mikku sería una parte alargada y esferoide yuxtapuesta a la misma.

En este episodio sumerio este instrumento o instrumentos tiene un importantísimo poder musical y mágico. Gilgamesh toca los mismos y el pueblo lo rodea mientras se cumple en medio de un silencio casi sagrado el ritual musical.

Pero esta atmósfera de mítica tensión es quebrada por el grito de una niña e instantáneamente se rompe el encantamiento y Gilgamesh aterrado y contrito ve como el Pukku y el Mikku caen en el mundo de los infiernos. Y entonces comienza a lamentarse diciendo:

"¡Oh! Pukku mío, oh Pukku mío!
Mi Pukku de vigor irresistible
Mi Mikku de la danza rítmica inigualable
Quién me traerá mi Pukku de los infiernos?
Quién me traerá mi Mikku de los infiernos?".

Ante tanto dolor Enkidu le propone como vasallo y como amigo bajar a la mansión de los muertos a buscarlos. Pero su viaje estará lleno de peripecias y Gilgamesh se verá necesitado de recurrir varias veces a los dioses para librar a su fiel servidor de Namtar, la peste; de Asag, la enfermedad y finalmente de Nergal, personificación de la muerte.

✦

Nuevamente aparece el poder de la música dentro de los mitos mesopotámicos relacionados a la muerte. Este ejemplo nos narra el descenso de ISTHAR a los infiernos y el mágico influjo que irradia una flauta.

Diremos que Isthar es una diosa babilónica que se corresponde a la Inanna de los sumerios y a la Ashtart cananea y que tiene múltiples poderes como diosa de la fecundidad, de la vegetación y de la guerra y lo que es más importante para llevarnos al mundo de mito y música que nos ocupa, como deidad protectora de los enfermos. El paciente vestido de duelo y en su lecho era llevado al templo de la diosa. Y allí, ante su efigie y ante la de TAMMUZ entonaba plegarias. A ambos dioses se le ofrendaban diversos objetos y entre ellos figuraba una flauta. Tammuz, dios de la fertilidad, aparece según las distintas versiones de estos cantares, como hermano, como esposo o como hijo de Isthar. El relato de la última tablilla, es decir, donde trata de la catábasis de la diosa, también varía según el origen del poema. En el más antiguo que es el sumerio, Isthar desciende al infierno para conquistar a Tammuz, arrebatándoselo al mismo tiempo a la reina, su hermana ERESHKIGAL. En su descenso y al pasar por cada una de las siete puertas es despojada de sus adornos y vestiduras hasta que finalmente al recibir la "Mirada de la muerte" de los siete jueces infernales, la diosa muere y con ella la naturaleza que la rodea. Pero los dioses, omnipotentes, la resucitan e Isthar entra de nuevo en el mundo de los vivos.

Llegando el cantar a su fin aparecen unas prescripciones de rituales y entre ellas la utilización de la flauta de Tammuz. En efecto, el dios podría llegar a vaciar los infiernos con el solo hecho de tocar su mágico instrumento y el sortilegio de la música hacía que los muertos se elevaran a la tierra a respirar el incienso.

No podría haber sobrevivido, con el poder de todo encantamiento musical, el de Tammuz, a las culturas mesopotámicas?

No sería imposible entonces pensar que los legendarios relatos orientales persas y egipcios que inspiraron a Schikaneder tuvieran su origen en los rituales sagrados babilónicos. Basados en esta hipótesis llegaríamos a la conclusión que el espíritu de la cultura y el espíritu de la música tienen poderes tales que traspasan la vida y la muerte y llegan a nuestros días, transformando aquel cantar en una fábula maravillosa y ésta a su vez en una obra imperecedera que dio al genio de Mozart la inmortalidad.

Así "La Flauta Mágica" punto de llegada de un hombre de nuestra era nos sirve para recordar el punto de partida de la cultura de la humanidad.

Susana ***SALGADO GOMEZ***

(Especial para EL DIA)



"Templo Inglés" (1845). Acuarela de Ouseley. Original en el Museo Histórico Nacional.



"Azotea de una casa de Montevideo". Acuarela de Ouseley. Original en el Museo Histórico Nacional. En sus lineamientos generales recuerda al mismo tema realizado por D'Hastrel.

Nuevos Aportes a la Iconografía Uruguaya

LAS ACUARELAS DE GUILLERMO GORE OUSELEY

…lado de los dibujantes que formaron parte de las tripulaciones de los bar… expedicionarios que visitaron nuestra …ud desde los lejanos días de la coloni…ón y que viajaban con ese cargo espe…amente establecido, para la documen…ón gráfica de todo aquello que revestía …és para los fines de la expedición, hu…on otros que en el desempeño de su …etido o alternando éste con otras tareas, …izaron los largos días de los viajes y …permanencia en el puerto, perjeñando …ujos, dibujos acuarelados y acuarelas …e apuntes de oportunidad, traduciendo …nas de nuestras calles con sus tran…ntes de todos los días, con sus vesti…tas, sorprendidos en sus costumbres, o …nas de nuestras costas, o notas edilicias …ersas.

…veces fue labor de simples aficionados; …s, ella configuró la revelación de insos…hadas vocaciones.

…ublicados después esos dibujos, por sus …ores o por otros, en álbumes, se convir…ron en fuente de indudable valor icono…áfico.

…al la serie de dibujos que con el título *"Pintoresca ilustración de Buenos Aires …Montevideo"*, publicados por el alemán …dolph Ackermann en Londres en 1820, …re las acuarelas originales de Emeric …ex Vidal, un Miembro de la Real Ma… Inglesa, primer pintor de nuestras co… y que es hoy considerado precursor de …pintura rioplatense.

…ien litografías sobre temas de estas y …s regiones tuvieron luz de publicidad, *"Viaje alrededor del Mundo"* (1836-37), … fue publicado en París en 1845 por …en del Rey Luis Felipe, bajo los auspi… del Departamento de Marina de Fran…, sobre dibujos originales de Bartolomé …uvergne y Teodoro Fisquet.

…Adolfo D'Hastrel, francés, con el grado … Capitán, encargado de planear la de…sa de Montevideo en los acontecimientos …eriores a la Batalla de Cagancha (1839), …minado su cometido y vuelto a Francia, …ogió en álbumes con dibujos de cate…ría, sus impresiones de éste y otros viajes. … que al Uruguay interesa, es el *"Album …la Plata"* dedicado a las bellezas america…s, con temas edilicios de la vieja ciudad … Montevideo, que con tanto primor lito…afiaron el propio autor y otros como Ci…ri, Müller, Thierry, Bayot, Sabatier, e …presas por Bry, o Lemercier, que llena…n con brillo toda una época del arte de … litografía.

Del otro lado del río, el francés Carlos … Pellegrini, de profesión ingeniero, lla…ado por Rivadavia para realizar trabajos … el Puerto de Buenos Aires, trabajos que …vieron postergados en el tiempo por más … 30 años, sintió despertar su vocación …r las disciplinas artísticas y fruto de …lo, en lo que a esta nota interesa, es el *"…ableaux Pittoresque de Buenos Ayres"* (…831) que recién ciento treinta años des…ués serían divulgados por el entonces po…eedor del mismo, en Londres; interesa …mbién, *"Recuerdos del Río de la Plata"* (1841), con un antecedente en 1835, que no llegó a publicarse.

En funciones totalmente distintas a la de los precedentes, se une a ellos un distinguidísimo diplomático inglés, Guillermo Gore Ouseley, Ministro de S.M.B., nuevo ejemplo de esa inquietud que por recoger gráficamente las impresiones de los lugares, hechos y otros detalles, caracterizó a estos hombres, que si bien en algunos de ellos se explica por verdadera vocación artística, en otros es fruto de la sensibilidad suficiente para recoger y trasladar al papel o a la tela motivos de los lugares visitados, para llevárselos a su regreso a su tierra de origen, como recuerdo de etapas cumplidas, y sin proponérselo sus autores seguramente, formaron con ellos el caudal iconográfico de estas regiones con todo el valor que hoy es preciso reconocerles.

Guillermo Gore Ouseley, representó a la Gran Bretaña, en la Misión anglo-francesa, Ouseley-Deffaudis (abril de 1845), en el período de la intervención diplomática extranjera en los problemas del Río de la Plata.

A los historiadores corresponde señalar la importancia y cómo gravitó la Misión en los acontecimientos que se desarrollaron en los amargos días de la Guerra Grande.

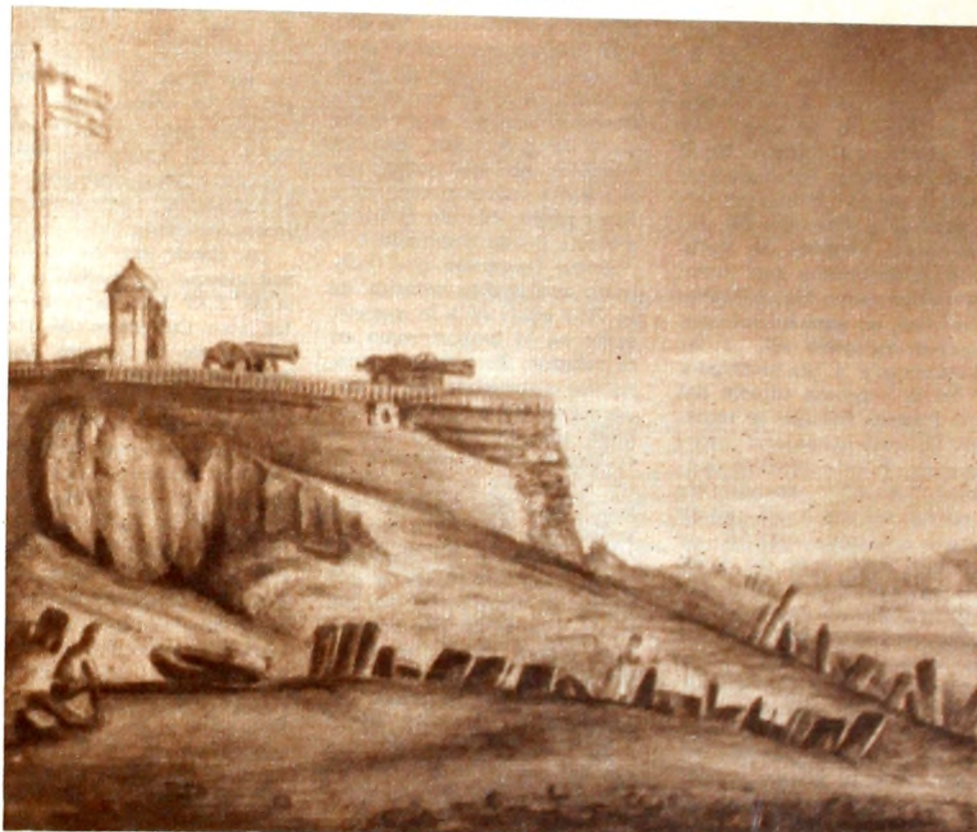
Lo que interesa a esta nota son las acuarelas de que fue autor el diplomático inglés, que entre otro material iconográfico ilustran *"Perspectivas de Sud América"*, sobre sus originales con temas del Brasil, Río de la Plata y Paraná, publicados en Londres (1850).

Hasta ahora se conocía en nuestro país una acuarela de Ouseley en el grabado en colores de J. Needham, impreso en Londres y que lleva por título *"Vista de la ciudad desde el Cementerio"*, del que existen ejemplares en el Museo Histórico Nacional, Histórico Municipal y Col. Assuncao.

La mencionada acuarela, en la que el dibujo acusa algún defecto de perspectiva y de proporciones, ofrece un conjunto armónico y como documento, cabe señalar que el caserío, en el que se destaca la estructura de las torres de la Catedral, es local; la parte acantilada a los fondos del Cementerio Central, da bien la impresión de la topografía del lugar en aquella época; completa la escena algunas figuras militares.

Hace algún tiempo se han incorporado —por adquisición— a la Colección del Museo Histórico Nacional, tres acuarelas originales de Ouseley de formato uniforme (0.19 p. 0.24) que reproducen: *"El Templo Inglés (1845)*, (Iglesia Episcopal Británica de Montevideo). Lo representa en el lugar de su primitivo emplazamiento sobre las construcciones del Cubo del Sur, donde había sido colocada en 1844, la piedra fundamental por su compatriota el Comodoro Juan Brett Purvis, Jefe de la Estación Naval Inglesa de Montevideo.

El Templo estaba entonces en su etapa de edificación, notándose en el frente y en el costado, los andamiajes. Su dibujo es aceptable; el original bien conservado, mantiene la brillantez de los colores.



"Muralla de Montevideo". Acuarela original de Ouseley en el Museo Histórico Nacional. La menos feliz de la serie de acuarelas del diplomático inglés, pero también de indudable valor iconográfico.

El otro tema representa una *"Azotea de casa de Montevideo"*, desde la cual es visible las torres de la Catedral. En lineamientos generales recuerda al mismo tema que realizó oportunamente D'Hastrel. Ofrece las mismas consideraciones que los anteriores y también presenta un buen estado de conservación.

Finalmente, completa la serie de tres acuarelas un tema de *"La Muralla de Montevideo"*. Frente al barranco sobre la que aquélla está construída, se extiende la bahía; al fondo se alcanza a divisar una estribación del Cerro de Montevideo. Es la menos feliz técnicamente de las cuatro acuarelas, incluída la de Needham, ya mencionada.

Tal el breve, pero interesante aporte de Ouseley a la iconografía uruguaya.

W. E. LAROCHE

(Especial para EL DIA)



"La ciudad vista desde el cementerio". Acuarela original de Guillermo Gore Ouseley. en la versión al grabado de J. Needham, hecha en Londres, de la Colección del Museo Histórico Municipal, procedente de The Parker Gallery, punto de origen de muchos grabados impresos en Londres de las Colecciones de nuestros museos de historia y colecciones particulares.

¿ADONDE MARCHA EL IDIOMA?

LA sorprendente liberalidad de la Academia de la Lengua para introducir extranjerismos en su diccionario y el constante incremento de americanismos, trae la desazón de los conservadores arcaizantes, que ven en estas larguezas un signo de disolución, o por lo menos, un cambio radical del idioma.

No teman los tradicionalistas por estas mutaciones, que constituyen un fenómeno normal en el biológico proceso evolutivo de las lenguas.

El pensamiento sobrepasa las posibilidades de expresión y el lenguaje se afana por acompasarse al espíritu. En la vida afectiva, fundamentalmente, es donde más se advierte la deficiencia de vocabulario: muchos de nuestros sentimientos son inexpresables con las palabras comunes; de aquí que el poeta recurra para ello a las metáforas y a las perífrasis.

En la próxima edición del Diccionario Oficial, se registrarán unas quinientas voces nuevas. Y esta ingente cantidad, remedia apenas las necesidades del habla común y del lenguaje literario.

Claro está, que no todos los extrenjerismos admitidos son de indiscutible necesidad. Bien está la terminología de las ciencias, las artes y las industrias; pero "prima facie" no se advierte la urgencia por aceptar a **control, aparcar, flirteo, parqué, bigudí, claxon, plisar, mascota**, etc. si tenemos **registro, estacionar, cortejar o dragonear, entarimado, rulero, bocina, plegar y amuleto**, respectivamente.

En contraposición, la Academia ha sido excesivamente parca para admitir americanismos. Hay centenares de uso común en todo el continente de habla hispana que han quedado a la vera del camino.

De lo expresado, se infiere que las palabras por figurar en el diccionario académico pertenecen a la lengua, pero es una realidad lingüística que no pertenecen a la lengua por el hecho de tener sanción en el léxico oficial. Correlativamente, pertenecen a la lengua culta, muchos vocablos no prohijados por la docta corporación, que tiene razón, cuando la tiene, y nadie puede negársela.

Decía Unamuno que cualquier concepción estática de la vida equivale a la muerte, tanto en la lengua como en la religión. En consecuencia, no nos alarmemos por la importación de extranjerismos, pues ningún idioma puede cultivarse sin el comercio de los otros, sin el libre cambio. Claro está, que al exterior hay que ir a buscar información y no modelos, porque caeríamos en el hibridismo. Cervantes nos da buena cuenta de ello con los abundantes italianismos de su "Quijote": **testa, gola, ganapán, capelo, morbidez, comodidad, compatriota**, etc.

El tema del idioma como representación e interpretación de los períodos históricos es de muy larga data. Recordemos que cuando en el siglo XVI se extendía en España un nuevo imperio, hubo necesidad de dar disciplina y sistema a la lengua, para que en lo político y en lo social tuviera una adecuada expresión. El prólogo de la Gramática de Nebrija, dirigido a Isabel la Católica, es documento palmario de ello.

Recordemos asimismo, que Dante ligó la lengua toscana al movimiento humanista, y que las corrientes literarias de Francia a lo largo del siglo XIX, romanticismo, parnasianismo y simbolismo cambiaron la ideología y la expresión literaria para una condigna representación de nuevos cánones estéticos.

¿A dónde marcha el idioma español de mediados del siglo XX? Dan la respuesta los tres Congresos de Academias de la Lengua Española, el último de los cuales se realizó en Bogotá en julio de 1959. En cada uno de ellos se votó la conveniencia de mantener inalterable la unidad del idioma, con la rectoría de la Academia Española. En virtud de lo cual, se rechazó la idea de publicar un diccionario americanista, que configuraría una segmentación inconveniente. El Diccionario Oficial tomará en consideración las propuestas acerca de la acepción de nuevos vocablos o nuevas significaciones de ellos que presenten las academias americanas.



"Don Quijote en las montañas", por Honoré Daumier.

El empleo preferente o exclusivo de algunos regionalismos es conciliable con el común denominador del idioma que hablan en el mundo 160 millones de personas, el segundo imperio lingüístico después del inglés.

El hecho de que en España llamen "plátanos" a lo que llamamos "bananas", "americana" a lo que denominamos "saco", "melocotones" a lo que en nuestro medio son "duraznos", "faldas" a lo que nuestras mujeres llaman "polleras", etc., no invalida la unidad de la lengua tradicionalmente llamada culta, que empleamos en los centros de enseñanza, en el periodismo, en la conversación de gente educada y en la literatura general (salvo la costumbrista, que tiene su justo lugar).

Existen ventajas de toda índole para mantener la cohesión del idioma que hace diez siglos empezó a forjarse en Castilla, feudo fronterizo de los reyes de Asturias y León; después se enriqueció en el reino de Castilla y Aragón, luego en toda la Península y por último en las colonias españolas de este lado del mar Atlante.

A esta altura de la civilización hispanoamericana, nuestra lengua es la más rica entre sus hermanas neolatinas no sólo por la opulencia y variedad de su vocabulario, sino, fundamentalmente, por su riqueza expresiva, su racional ortografía y su limpia prosodia.

No importa que el acento de Cáceres defiera del de Valladolid, ni que el andaluz se distinga del castellano, ni que el aragonés no coincida con el toledano, ni que cada uno de los pueblos de América tenga sus cadencias comarqueñas, ni que en nuestro continente predomine el "yeísmo" sobre el "lleísmo" y el "seseo" sobre el "ceceo". La uniformidad está asegurada por la diáfana sonoridad de las cinco vocales, capitaneadas por la virilidad de la "a" y la "e" que suenan como las trompetas del juicio. Y la inconfundible prosa del "Quijote" seguirá orquestando, con suave música de fondo, la grandeza siempre renovada de la lengua del romancero y de la mística, de la tierra y los palacios.

Alberto **RUSCONI**

(Especial para EL DIA)



ARNALDO JUAN MOIRANO (8-1-52) - MARIA ZULMA C. DE MOIRANO (4-1-59). *— Los que junto a ellos convivieron en el hogar, que sus vidas enaltecía, reviven permanentemente el recuerdo de dos existencias, la de madre e hijo, que fueron entre los suyos ejemplos de dignidad, esfuerzo consciente y generosidad infinita.*



MARILIS MAILHOS FERRIOLO DE VEJO RODRIGUEZ. ***— El 15 del cte. se cumplió un mes del sentido fallecimiento de la Sra. Marilis Mailhos de Vejo, ocurrido en plena juventud luego de una breve enfermedad. Su carácter afable, unido a su elevada y fina cultura y a un espíritu amplio y generoso, le hicieron conquistar el afecto y la simpatía de cuantos la trataron.***



Montefusco, con su elenco, protagonizando el "cocoliche" de "La Trilla", obra festiva de la que era autor.



Vittone, Montefusco y Vázquez, conversan en el patio del Politeama.

MONTEFUSCO

una época del teatro montevideano

MULTIPLE, ingenioso y bueno. Con esos adjetivos podríamos sintetizar la personalidad del actor Enrique Montefusco, según los testimonios unánimes que hemos recogido de cuantos le conocieron. Y no hay montevideano viejo — y no tan viejo — que no le recuerde.

Su historial artístico se enlaza con la mejor hora del Stella d'Italia, pues éste fue escenario de sus triunfos, en los instantes en que el público le seguía con su aplauso y su carácter agradable conquistaba todos los afectos.

Montefusco tenía el sino andariego de los inteligentes que no se conforman con un mismo rincón siempre, y esa inquietud del buscavidas condujo al mocito napolitano que se había estrenado como Pierrot en teatros de diversas ciudades italianas, a tentar ventura en el lejano Río de la Plata.

En Montevideo, actuó en los más viejos teatros, como el San Felipe y el Cibils. En Buenos Aires, se hizo aplaudir por los concurrentes a las funciones de la Comedia; estuvo junto a los Podestá; anduvo en giras por provincias argentinas; el Olimpia y el Politeama de Rosario, le vieron actuar; llegó al Paraguay con su simpatía y su versatilidad.

Pero fue el Uruguay para él, su segunda patria. Exito, hogar, cariños, le ataban a este suelo. Admiraba a los escritores, los periodistas le querían, seguía con pasión la política de la hora. Creía en las ideas de Batlle. ¿Cómo no sería su gratitud a la tierra de adopción, que bautizó "Uruguaya" a la hija aquí nacida? Aun vive, blanca la cabeza, y ella nos ha proporcionado sus recuerdos.

Evoca con admiración que el tiempo antes ha aumentado que esfumarla, a su padre, sus andanzas de bufo polifacetado, episodios risueños y nostálgicos; nos habla de personajes ilustres de la hora, que no desdeñaban aplaudirlo, en el Odeón o en el San Carlino ("en los bajos del cine Ideal", aclara); cuenta el momento doloroso en que Ermete Zacconi, el notable trágico, llegó a Montevideo, para apadrinar al hijito de Montefusco que murió ese mismo día. El perfil del actor se humaniza en detalles familiares, en sucesos de cada día alternados con la trayectoria artística. Una época dejada atrás, se recupera en estampas aisladas, que Uruguaya Montefusco hilvana entre dato y dato. Así, aquella curiosa pantomima titulada "Conciencia", que Montefusco, con el patético rostro enharinado de Pierrot, protagonizó en una fecha patria, contratado por la Comisión de Fiestas, en las arenas del Parque Rodó.

Pero, como ya señalamos, fue el Stella d'Italia el teatro de su gran momento. Inaugurado en junio de 1895, es, después del Solís, la más vieja sala montevideana. El genero lírico contó, en los primeros tiempos, con figuras y compañías que rivalizaban en la preferencia del público, con los espectáculos que se ofrecían en los teatros de la Ciudad Vieja. Pronto se vio que la ubicación suburbana del Stella d'Italia no fue, como se predecía, un obstáculo para desanimar a los asistentes. Más adelante, ya en la década primera de este siglo, elencos dramáticos, de comedias y de zarzuelas, ampliaron la atracción que esta sala ejercía en forma creciente entre sus fieles. Mateu, Cayetano Cavalli, supieron del entusiasmo con que eran recompensadas sus actuaciones.

Sin embargo, quien más largamente mantuvo la atención y la preferencia, fue Enrique Montefusco. Acudimos a un testigo de aquel tiempo, don Domingo Martino, que nos complace rememorando su propia juventud, y cuesta un poco descubrir en el reposado señor que nos habla, a aquel San Juan adolescente que intervenía con Montefusco y su elenco, en "La Pasión" matizada de bromas en susurro, entre solemnes parlamentos, en plena escena. Desfilan en su recuerdo anécdotas traviesas, trasnochadas alegres, nombres olvidados: las tiples Gemma Montefusco y Josefina Mancini; el tenorino Ermete Simonelli, su hermano Genarino, tenor cómico; el barítono José Magarini; Romagnoli y Nina de Montefusco, la esposa, característicos; el actor, Juan Latrónico; Uruguaya Montefusco, bailarina y dama joven... Como se ve, Montefusco había contagiado a toda su familia, el fervor teatral. Una farándula jubilosa que compartía la vida bohemia y despreocupada; que salía del teatro para ir al café Carlitos, o iba a probar la *pizza* que se vendía en una esquina de la plaza Cagancha. ¿Qué reloj mide estas horas de otras juventudes, para que parezcan tan remotas y perdidas?

Montefusco no sólo actuó en piezas festivas, con su caracterización del típico "cocoliche"; también el teatro serio le atrajo, y sus dotes de actor dúctil demostraron el talento histriónico de que estaba dotado. Trágico en ocasiones, se mostraba en papeles que eran de inesperada gravedad en quien como él, tuvo el don de hacer reir.

Un día, — era en 1911 —, la realidad se coló en la ficción, y el Conde Danilo, de "La Viuda Alegre", terminó casándose con la cantante. Hombre original y querido por el público, Montefusco llevó al escenario, la boda de su hija Gemma, con el barítono Magarini. Anunció que la ceremonia se realizaría en público, allí mismo, en el Stella d'Italia, en ese escenario de sus éxitos. La publicidad corrió por cuenta de los espectadores: nadie quería perder aquel espectáculo inusitado y totalmente "fuera de programa". La sala colmada apenas podía contener tanta gente, pero llegada la hora convenida, el juez se negó terminantemente a participar en el acto, y éste debió cumplirse en la secretaría del teatro. Puestas las firmas de los contrayentes y sus testigos, irrumpieron aquellos en el escenario, entre aclamaciones y aplausos, y los flamantes esposos bailaron el conocido vals de la opereta, epílogo de la más curiosa fiesta nupcial que se haya llevado a proscenio alguno.

Todo va dibujando un temperamento cordial, rebosante de animación y simpatía, talentoso y ágil, que supo llegar al corazón del público. Su estrella empezó a palidecer después de una caída por una escalera del teatro, como si la rodada hubiera marcado el principio del descenso. Gemma y su esposo un buen día se fueron del país, sin que llegara a saberse nunca más de ellos. Montefusco declinó rápidamente y falleció al poco tiempo, alrededor de los 55 años. Murió el 16 de junio de 1914. Fue velado en el Círculo de la Prensa, y fue unánime el sentimiento de cuantos le habían conocido. Batlle costeó el sepelio.

Y con la muerte de Montefusco, se cerro una etapa de transición en el teatro nacional, que le recordará siempre en el lugar de sus más dignos precursores.

Dora Isella RUSSELL

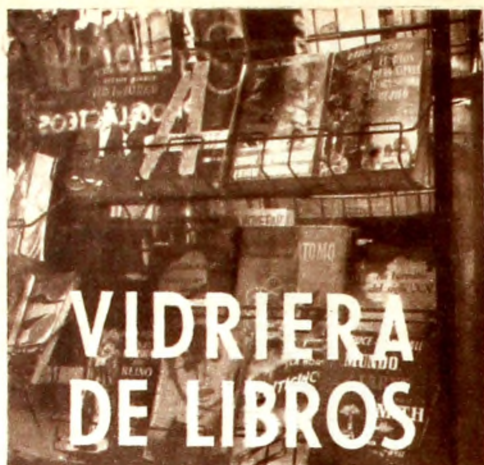
(Especial para EL DIA)



Anna de Montefusco, la esposa, ataviada para la escena.



Uruguaya Montefusco, en un retrato de juventud.



HISTORIA POLITICA Y ECONOMICA DE LA ARGENTINA

Es innecesario decir que la labor editorial del Fondo de Cultura Económica de México ha mantenido una línea seria y persistente en cuanto al relevamiento de los más íntimos valores de la realidad americana. Organizada sobre bases eminentemente culturales, actuando con relativa prescindencia de objetivos venales —desde luego, nos imaginamos que un permanente **mal negocio** no hubiera permitido su cuarto de siglo de vida—, la cualidad dominante en toda su producción ha sido la de una libertad intelectual casi milagrosa.

En el camino de una investigación particularizada de la problemática de este continente, ha lanzado ahora una serie bajo el título de "**La realidad argentina en el siglo XX**, integrada por libros escritos ex profeso por distinguidos universitarios de la vecina república. Aparte del interés que como americanos tiene que despertarnos un esfuerzo esclarecedor como el propuesto, es indudable que los uruguayos podríamos parodiar una frase famosa y decir **nada de lo argentino nos es ajeno.** A la comunidad de origen histórico se agrega siempre, queramos o no, la inseparable vecindad geográfica y los miles de lazos de sangre que anudan a las familias de ambos pueblos.

Hasta nuestra mesa han llegado ya dos volúmenes que encaran la política y la economía del último medio siglo. Leopoldo Portnoy, profesor de Política Económica de la Universidad de Buenos Aires, realiza un documentado estudio que intenta rastrear las causas de las dificultades que enfrenta en la actualidad la poderosa república trasplatina. Anota una falta de crecimiento dinámico de la economía y manifiesta que está influida por la dependencia de factores externos. El método escogido para su análisis no es muy corriente, pero presenta perspectivas de renovado interés: remontando el curso de la historia, parte de la realidad presente para salir al encuentro de las fuerzas determinantes que han ido dando forma a las distintas etapas de un proceso de incuestionable gravedad. Así es como estudia primero el período de retorno a las viejas concepciones (1959 - 1955, desde la Revolución Libertadora hasta el primer Ministerio de Alsogaray), pasa al de **la gran ilusión** (1955 - 1939, peronismo y pre-peronismo), luego al de **los cajeros** (1939 - 1930, desde la revolución Uriburu en adelante) para hundir sus raíces finalmente en el de **la tierra y las vacas** (hasta 1930). Demás está decir que estas designaciones corresponden al autor y que también a él obviamente cabe la responsabilidad de las calificaciones que ellas encierran, limitando nuestra labor en este aspecto a la mera reseña, ya que aquí, más que en otros campos, preferimos no osar. El autor documenta su labor con medio centenar de cuadros estadísticos y una amplia bibliografía.

Más fácil es, para nosotros y para nuestros lectores, circular entre las páginas del libro del también profesor Alfredo Galletti, que sigue el proceso político de la Argentina en este siglo estudiando sus principales líneas estructurales con un sentido a la vez histórico y sociológico que cautiva, especialmente por el equilibrio que logra mantener frente a hechos que han agitado las pasiones hasta los días que corren. En la parte final de su obra el autor se confiesa partidario de un socialismo humanista, es decir, de una posición sintetizadora de la antítesis planificación-libertad: afirma en términos textuales que el individuo debe convivir en la sociedad con **responsabilidad y libertad.** No sabemos si por coincidencia espiritual o por propia virtud del investigador, sus desarrollos los encontramos ilustrativos y muy interesantes en un alto porcentaje. (Como observación al margen, pero digna de que conste para indicio de ciertas coincidencias espirituales: el autor cita dos veces a nuestro Vaz Ferreira).

Luego de un primer capítulo de historia introductiva y con un intento de rápido análisis psico-sociológico del pueblo argentino, se encara el advenimiento del radicalismo al poder (en 1916 con la primera presidencia de Irigoyen) como la llegada al campo político de la clase media; a su vez el socialismo argentino en esta época concentra la conciencia obrera. Hay una ruptura de la vida institucional en 1930 con la revolución de Uriburu, iniciándose lo que el autor titula **los años difíciles**, que alcanzan hasta 1943. En esta fecha hay un nuevo trauma con la revolución del 4 de junio que provoca una sucesión de gobiernos militares, desembocando en el ascenso en 1945 de un demagogo que invirtió el endémico fraude electoral de la Argentina y logró, embaucando la conciencia de los sectores menos prevenidos, torcer sus verdaderas aspiraciones casi sin necesidad de violar las urnas. Perón fue un dictador plebiscitado, como lo fueron Mussolini y Hitler. Dice el autor que en esta época hubo una verdadera **dictadura de masas** de peculiares características, por la vía del comicio. La Revolución Libertadora de 1955 cortó el proceso político en sus aspectos más graves y viciados. La realidad actual indica cuán difícil es hallar la vía de salida, y aunque el autor ha escrito seguramente hace más de un año, sus planteos no necesitan aparentemente retoque alguno. Lo que habla en favor de la seriedad científica de su labor, abonada por otra parte por numerosas notas documentales en cada capítulo y una formidable bibliografía al final.

M. M. V.

Leopoldo Porthoy — ANALISIS CRITICO DE LA ECONOMIA. 204 páginas.
Alfredo Galletti — LA POLITICA Y LOS PARTIDOS. 263 páginas.
Editados por Fondo de Cultura Económica, México, 1961.



CLASES SOCIALES O FIGURACION SOCIAL?

Destacados representantes de ciertos sectores de la política o del comercio norteamericanos, interesados en proclamarse como pertenecientes a la nación más igualitaria del mundo, han estado insistiendo sobre la afirmación de que Estados Unidos se había convertido en la sociedad más realmente carente de clases de la historia. V. Packard, autor del **best seller** "Las formas ocultas de la propaganda" investiga en este libro las barreras invisibles que aprisionan a sus compatriotas dentro de rígidas estructuras laborales, educacionales, sociales y que llegan hasta la estratificación de las amistades, del modo de hacer el amor y de la pertenencia a un determinado culto religioso, fenómenos éstos que están en abierta contradicción con la tesis arriba enunciada.

Su análisis se limita al problema actual del **status** en su país, pero por la privilegiada posición que éste ocupa en el mundo occidental, como fuente y punto de irradiación de un haz de nuevos valores culturales, su experiencia puede servir de alerta para todos aquellos pueblos cuyas formas de vida se asemejan a los cánones norteamericanos.

Los buscadores de prestigio son personas que se esfuerzan continuamente por rodearse de pruebas visibles de la categoría superior que afirman poseer. Su afán los convierte en imitadores, quita el gusto personal a sus iniciativas, enajena su independencia moral y económica. La desigualdad de rango categorizada se vuelve la columna vertebral de la sociedad, determinando la disposición en capas más o menos herméticas de la burocracia, de las minorías nacionales o étnicas, del estilo de los bienes materiales que se ofrecen a la venta. En esta carrera por el **status** se invierten las mejores energías, se desperdician vocaciones creyendo firmemente que aún se está en la era de las grandes oportunidades. Sin embargo, según el autor, la formación de empresas multimillonarias terminó con la posibilidad de que el ascensorista, con el tiempo, llegue a ser presidente de una compañía. El obstáculo, cuya existencia más se va notando, es la falta de título universitario para cualquier puesto de cierta importancia. La posesión del grado académico o su carencia vino a sustituir el abismo más grande que había antes entre los obreros y empleados y donde ahora es relativamente fácil la intercomunicación. Consecuentemente, el tónico que propone, es una educación más amplia de los jóvenes talentosos de todas las capas sociales mediante becas y subvenciones oficiales y privadas otorgadas a las universidades. No pretende eliminar las diferencias de clases cuya formacin, según parece, es inevitable en todo agrupamiento humano un poco complejo sino lograr el respeto mutuo, la felicidad dentro del marco del **status** correspondiente.

Desde algunos puntos de vista doctrinarios esta posición puede ser objeto de muchas críticas; pero evidentemente Packard no es un reformador y menos un revolucionario. El es sociólogo cuya especialidad no es pronunciarse sobre las conveniencias de una organización política. Además, posiblemente conozca los alcances de su obra y no quiera asumir una actitud quijotesca. En otras palabras, su descripción del "ser" de una estructura de vida revela sus cualidades excepcionales. Sus informaciones, a veces lindan con lo detectivesco; sus ejemplos son vivos, llenos de actualidad. Pero lamentablemente silencia su voz en lo que se refiere al "deber ser", en cuanto a proponer soluciones, cualesquiera que sean éstas. Y esto es tanto más chocante cuanto que él no puede ni quiere callar las irritantes injusticias de algunas de las situaciones estudiadas. En este sentido podemos catalogar su libro como un diagnóstico bas ante original, ampliamente documentado, sobre una cuestión muy espinosa, hecho con valentía y honestidad, pero sin mucha intención de curar.

T. S.

Vance Packard — LOS BUSCADORES DE PRESAIGIO. Eudeba. 392 págs. Buenos Aires, 1962.

NO ESTAN TODOS



Guido da Vigevano practica una trepanación en la Edad Media.

La reducción de la mortalidad infantil y la consiguiente supervivencia de niños débiles y vulnerables, el aumento de la longevidad con su secuela de afecciones seniles son solamente dos fenómenos, entresacados por azar, de los múltiples casos que se relacionan, en una u otra forma, con la extensión y duración de los estados mórbidos propios de la vida moderna. Como no existe la sustancia químicamente pura, tampoco el hombre completamente sano, desde el punto de vista físico o mental. Pero, ¿dónde comienza lo patológico? ¿Quién es enfermo mental? ¿Qué es la psicopatología? El autor se concentra en este último interrogante, sin perjuicio de rozar todos los problemas implicados aquí.

La psicopatología, para él, tiene por misión elaborar los materiales de la psiquiatría bajo la forma de una teoría del conocimiento. Sus caracteres más sobresalientes serían: una aspiración a aprehender la personalidad no sana y de sus causas; la presencia de una perspectiva teórico-crítica y la tendencia de que los datos logrados se integren en el conocimiento científico total del hombre.

Esta rama de la ciencia se encuentra en pleno desenvolvimiento y por tal razón no es posible todavía una nosografía patogénica. Aún hoy se debe insistir más en el hacer del médico-investigador y aprovechar las conclusiones aisladas del manipuleo práctico en vez de teorizar en función de las coordenadas de tal o cual doctrina. Las explicaciones monistas conducen, por lo general, a esta altura de los conocimientos, a resultados nada más que verbalistas. Lejos de querer llegar a un eclecticismo, lo más prudente es asimilar las contribuciones positivas de Janet, Watson, Freud y Jaspers —que para nuestro autor parecen ser los cuatro pilares de la psicología moderna— con vistas a una más eficaz integración ulterior.

La psicopatología no está aún en condiciones de ofrecer una síntesis; la terminología que utiliza debe ser delimitada, purificada de las adherencias significativas extrañas a su especialidad en un esfuerzo continuo de precisión científica; tienen que definirse los métodos y profundizarse la descripción de las estructuras enfermas y ante todo, desentrañar y captar la esencia de la noción de personalidad, complejo nuclear de todo fenómeno psicopatológico, pues, el estado mental mórbido no es más que una manera de ser, mejor dicho, una manera de mal-ser de la personalidad.

El autor enuncia los grandes problemas psiquiátricos del tema. Pasa revista al universo anormal del paciente, a su expresión y comunicación y a los problemas técnicos de clasificación, causalidad y terapéutica. Su labor de sistematización merece ser tenido en cuenta como guía entre los múltiples datos dispersos de una ciencia en formación; su claridad metódica elogiada lo mismo que la exactitud de sus términos. En suma: un buen panorama general acompañado de su equilibrado aparato crítico sobre el estado actual de la psicopatología, tal como lo ve un psiquiatra, enfocando su tema desde el punto de vista de la personalidad.

T. S.

Gabriel Deshaies — PSICOPATOLOGIA GENERAL. Kapelusz, 210 páginas. Buenos Aires, 1961.

RESUMEN LITERARIO ITALIANO

Para quien procure una noción de la literatura italiana, aun cuando conozca profundamente a sus maximos exponentes, este Cuaderno de Eudeba Nº 57 tiene la utilidad de presentar un panorama total, que permite la rápida ubicación en tiempos y en escuelas. Y para los legos, por supuesto, constituye una interesantísima introducción.

El autor comienza por repasar la transformación del latín en italiano, pasando por la lengua vulgar y la lengua **"vulgar ilustre"** preconizada por Alighieri. Una vez modelado el instrumento, tres nombres inician una gran literatura: Dante, Petrarca y Bocaccio. El Renacimiento, especialmente en Florencia, enriquece el acervo. Después viene el clacisismo y sus derivados. En el iluminismo que subsigue Goldoni, Parini y Alfieri marcan hitos. Más adelante, en el siglo XIX, el romanticismo y el típico fenómeno italiano del resurgimiento con los nombres de Manzoni y Leopardi. La nueva Italia se alza con Carducci, D'Annunzio, Fogazzaro, Pascoli y docenas de escritores a caballo sobre dos siglos. La obra se cierra con un resumen hasta el año 1950 en donde se sitúa a un centenar de creadores.

P. Arrighi - LA LITERATURA ITALIANA. Eudeba, 68 págs., Buenos Aires, 1962.

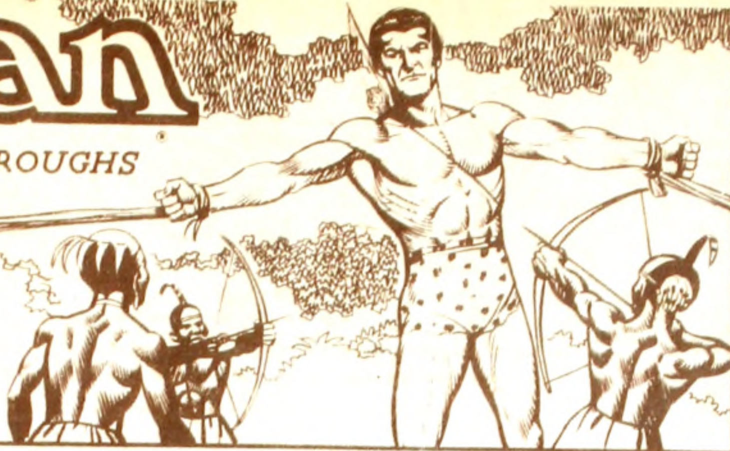


DANTE ALIGHIERI

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

EN LA PELIGROSA ALDEA DE LOS PIGMEOS **BANTI**, **TARZÁN** COMPRENDE QUE SOLAMENTE SU SUPER-FORTALEZA PODRÁ SALVARLO.













BILL ELLIOTT
JOHN CELARDO





1 - Original interpretación en paño angorado, con detalle de pespunte en espalda y manga a **$ 290.00**





TAPADOS

lo que la moda indica para este invierno, llega por las 3 avenidas y...

2 - Destacamos Sobretodo en paño Velour, con bolsillos aplicados, a **$ 250.00**

Casa Soler

SOLER HNOS. S. A.

IMPORTANTE:

Nuestras confecciones no sufren recargos por los arreglos que haya que hacerles.

CLIENTES DEL INTERIOR:
Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ, Avda. Agraciada 2302 y M. Sosa - TELEF. 20 09 61

SUCURSAL GOES - Avda. Gral. Flores 2341 - TELS. 24200 - 24300 - 24400

SUCURSAL CORDON
Avda. 18 de Julio 1601
TELEF. 40 41 11







3 - Abrigo muy sport en Mohair fantasía, a cuadros esfumados a **$ 270.00**

4 - Practico Tapado de línea sencilla, en paño Velour, varios tonos a **$ 225.00**

5 - De línea muy nueva 7/8 en Mohair fantasía, totalmente forrado a **$ 285.00**

6 - Dos piezas realizado en Tweed, chaqueta suelta con detalle de moña, falda derecha a **$ 195.00**

VEA NUESTROS GRANDES PROGRAMAS DE TELEVISION. - Los Martes a las 21 horas por MONTECARLO TV Canal 4 - Los Lunes a las 20 y 30 horas por SAETA TV Canal 10.

CAPURRO & Co.